# María Jones
## *y la Biblia*

José Flores

Este libro es propiedad
de la: B.P.
El bibliotecario
B. Laguna

# María Jones

# y

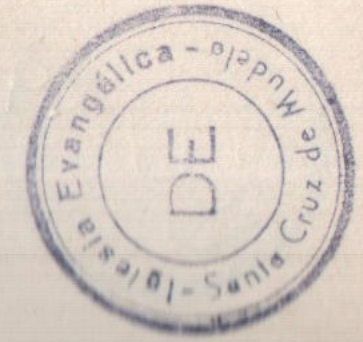
# la Biblia

por

José Flores

★

1958




# INDICE


| | | |
|---|---|---|
| Prefacio | . . . . . | 5 |
| Introducción | . . . . . | 9 |
| CAPÍTULO | I. — La Iglesia de la Montaña . | 19 |
| » | II. — Oración Contestada . . | 33 |
| » | III. — Camino de Bala . . | 43 |
| » | IV. — «Fundación de la Sociedad Bíblica . . . . | 61 |
| » | V. — «Fidelidad de María Jones» . | 77 |
| » | VI. — «La Obra de la Sociedad Bíblica | 87 |
| Epílogo | . . . . . | 109 |

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela
B

## *PREFACIO*

*Entró el año de 1953 con alta tensión internacional y los muelles de Port-Said registraban una gran actividad como también frecuentes incidentes hostiles en las calles, a causa de las diferencias entre la Gran Bretaña y Egipto.*

*No todos los incidentes reclamaban la atención de los periodistas, y así uno, que vamos a relatar, pasó ignorado, sin llegar a las linotipias. Fue en la noche del 20 de Enero de aquel año cuando ocurrió el accidente. Un trasatlántico, que tenía su ruta por el Canal de Suez provocó un impetuoso oleaje hundió a una pequeña embarcación, que apretó luego contra el muelle, en lugar tan angosto. Los daños se consideraban irreparables y se dió por perdida la embarcación.*

*No obstante, cuando los empresarios del buque se enteraron del nombre y misión de la pequeña lancha se apresuraron a dar generosamente todo cuanto dinero fuese necesario para comprar una nueva a fin de que siguiese*

*realizando su hermosa labor. El nombre de la pequeña embarcación hundida era «María Jones» y su misión consistía en distribuir Biblias. Durante más de cincuenta años la bahía de Port-Said ha sido centro de una distribución de las Escrituras, pintoresca y única en su actuación, y sus colportores, o vendedores, de modo diferente a los de otros países, son personas que conocen varios idiomas y están especializadas en semejante labor, toda vez que los libros que allá se ofrecen están impresos en los más variados lenguajes del mundo.*

*En aquella ensenada, miles de barcos de todas las nacionalidades esperan entrar o salir del Canal de Suez, con destino a todos los rincones del globo, y por ello es fácil comprender que sea un lugar estratégico para comunicar a todos los hombres la historia de la salvación dejada por Dios en su Palabra escrita, la Biblia. Y allí, durante veinte años, había servido la lancha «María Jones» los buenos propósitos de la Sociedad Bíblica de Londres de llevar la Palabra Santa al alma sedienta. Más de un marinero se ha presentado a los colportores con una Biblia muy usada, diciendo:*



Hemeroteca - Museo de Santa Cruz

*«Esta Biblia se la compré a usted aquí en Port-Said hace veinte años y me ha hecho una buena compañía por todas partes del mundo».*

*No es de extrañar, pues, que el 28 de Septiembre de 1955, más de dos años después del naufragio, se reuniese un buen número de personas para dedicar oficialmente la nueva «María Jones» a su hermosa tarea, cuando se inauguró la nueva Sociedad Bíblica. En el muelle se celebró un acto religioso con este motivo, leyéndose partes de la Biblia que hacían referencia al mar y a los marineros, en inglés, árabe, armenio, griego italiano, etc.*

*Después de los discursos de los empleados de la sociedad, y del encargado de la lancha, el colportor Kaoustos, se dejó oir una voz infantil que dijo: «En este solemne día vengo a representar a la niña galesa María Jones, cuya ansia por la Biblia fue la causa de la fundación de nuestra Sociedad Bíblica, hace ya más de ciento cincuenta años».*

*Y de esta historia, querido lector, de cómo el tesón de una niña dió lugar a la fundación de la Sociedad más benemérita del mundo, le vamos a hablar a usted en el presente libro,*

*confiando que le sea de interés. En verdad, lo hacemos teniendo presente que las generaciones van pasando, que los gobiernos cambian y que los hombres se olvidan de las grandes cosas que Dios ha hecho. En la Biblia, en el libro de los Jueces, leemos: «Y toda aquella generación fué también recogida con sus padres. Y levantóse después de ellos otra generación que no conocían a Jehová (Dios) ni la obra que él había hecho por Israel».*

*Pero no sólo los hombres se olvidan de las grandes cosas que Dios ha hecho a favor de ellos, sino que los reyes también se olvidan a veces de las grandes obras que hicieron sus súbditos en beneficio de la nación. Así también leemos en el Nuevo Testamento: «el pueblo creció y multiplicóse en Egipto hasta que se levantó otro rey en Egipto que no conocía a José».*

*De aquí mi esfuerzo siempre en «mantener» el valor y apreciación de la Biblia entre las gentes, y el hacer conocer los hechos gloriosos de la distribución de su Santa Palabra a las nuevas generaciones, que viven en ambientes y circunstancias nuevas.*

Ca'n Pastilla, Mallorca, Agosto 1957.

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudelo - DE

## INTRODUCCION

Hace poco más de un mes publicaron los periódicos que la reina Isabel II, de Inglaterra, y el príncipe Felipe visitarán los Estados Unidos de América el próximo mes de Octubre, y que para semejante ocasión había salido de Inglaterra y arribado a Plymouth la réplica del «Mayflower», toda vez que la reina visitará Jamestown, en Virgina, y fue precisamente en Jamestown donde en 1607 pusieron pie los emigrantes de los tres primeros galeones que, saliendo de Inglaterra, constituyeron en aquel lugar del Continente Norteamericano la cabeza de puente de la corona inglesa, Trece años más tarde, el «Mayflower» arribó a la costa de Nueva Inglaterra y fondeó en una rada, que hoy es de Plymouth del estado de Massachusetts.

La reina se encontrará presente en las fiestas del 350 aniversario de Jamestown, a propósito de lo cual dice un periódico: «después de todo, aquel puñado de emigrantes traidos

por la Compañía de Virginia y los colonos que vinieron tres años después en el pequeño galeón supieron hacer un gran país del inmenso pedazo de continente que les tocó organizar».

Pero lo que no dice el periódico es que los colonizadores de las regiones del Norte de América (Nueva Inglaterra) que luego fueron Conneticut, New Hampshire, Rhode Island y Massachussets eran hombres de sana religión, hombres que querían ante todo ser fieles a la Biblia, y que, descontentos con la monarquía grande de Jaime I y de Carlos I, marcharon en aquel barco pionero Mayflower en 1620 y fundaron Plymouth.

De la historia de aquellos hombres, del testimonio de sus vidas, de su fe y de su confianza en Dios puede darnos idea la siguiente frase de un historiador imparcial: «aquellos hombres forjaron la gran nación americana con la Biblia en una mano y el azadón en la otra». Si un historiador hábil, dotado de tacto fino, pudiese describirnos las influencias espirituales que juegan en la historia del mundo, veríamos claramente dibujadas las



huellas de Dios y las del enemigo en los episodios de las naciones, pues es indudable que, paralelamente a las maquinaciones y ambiciones del hombre, Dios va tendiendo al despertar religioso en todos los siglos. Analizando este que encierra la gloriosa gestación de la Sociedad Bíblica, encontramos a principios de 1732 que los moravos empiezan a establecer misiones extranjeras, enviando a Hans Egede a Groenlandia, y poco después, en Inglaterra, Guillermo Carey da lugar, con su excelente ejemplo y espíritu de apóstol, a la formación de la Sociedad Misionera Bautista.

El amor de Dios que publica la Biblia se iba abriendo paso y así aquellos colonizadores de América pronto se rebelan contra la misma Inglaterra por su comercio de esclavos y por impedir que en América se extinguiera. En 1776, después del levantamiento de Tom Paine, con su panfleto «Sentido Común», el Congreso declaró su separación de Inglaterra. Más tarde el documento fundamental de los Estados Unidos habría de ser la «Declaración de de Independencia», formulada por Thomas Jefferson. A finales de 1782 Inglaterra

firmó en París el reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos, y los nombres de Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, George Washington y Hamilton quedan unidos a los de Ton Paine.

En Europa la primera conmoción tiene lugar en 1787. Luis XVI, monarca perezoso y mal educado, a decir de los historiadores, casado con la extravagante María Antonieta, da lugar a que la prisión de la Bastilla sea asaltada por el pueblo de París y a que la insurrección se extendiera por toda Francia. Los castillos fueron quemados y los miembros de la nobleza asesinados.

Los jacobinos crecieron rápidamente y sus líderes Robespierre, Danton y Marat comenzaron a dominar la Asamblea, prendiendo en seguida la llama de la República. El himno de la Marsellesa que, según Wells, calentaba la sangre, llevó a los franceses a echar a los austríacos de Bélgica, a hacer de Holanda una República y a declarar la guerra a Inglaterra, en 1793. Desde entonces por veintidós años no hubo apenas descanso en la lucha.

En Francia, no sólo se aprobó un decreto desvinculando a la Iglesia de su silla de Roma, sino que los extremistas llegaron a abolir a Dios, sustituyéndolo por el culto a la Razón, y en la catedral de Notre Dame se celebró la Fiesta de la Razón, actuando una graciosa artista como «diosa de la razón».



Se plantaron árboles de la libertad por las calles y plazas, alrededor de los cuales se bailaba y Paché, Hebert y Chammette, líderes del municipio expresaron la determinación de destronar al Rey del cielo, lo mismo que a los monarcas de la tierra, añadiendo que «Dios no existe y hay que adorar a la razón».

El 10 de Noviembre de 1793 los comisionados de la Conversación vistieron a un burro con hábitos sacerdotales, lo cargaron con símbolos de la Iglesia y libros religiosos y fué conducido por las calles por los «sansculottes», que llevaban una copa sagrada con la que daban al burro vino de vez en cuando Al llegar a su destino, apilaron los libros religiosos y los quemaron, gritando blasfemias. El 24 de Noviembre se declaró el cierre de todas las iglesias.

Por las calles de París corría el terror y la guillotina aparecía en las plazas. Robespierre, que no era ateo, pidió a la convención que de-

cretara que Francia creía en un ser supremo y en la doctrina consolatoria de la inmortalidad del alma, pero el silencio con que la Convención recibió sus palabras significaba algo... poco después, él y sus compañeros fueron también guillotinados.

Este Nuevo Orden, sin Dios y sin esperanza, necesitaba de la intervención divina, y precisamente en aquel momento histórico en que el hombre demuestra ser incapaz de mejorar la situación es cuando Dios actuó.

Así en 1802, estando Francia en guerra con Inglaterra, Napoleón se hace nombrar Primer Cónsul Vitalicio, con poder para nombrar a su sucesor, y... planea el asalto a Inglaterra para lo cual controló todos los grandes recursos de la construcción, al objeto de hacer su flota superior a la inglesa. En 1804, superando a los césares, Napoleón se hace nombrar emperador. Manda venir al Papa Pio VII a París y en Notre-Dame, llegando al colmo de la impaciencia, echa al Papa a un lado y él mismo toma la corona y se la pone, y es aquí donde hemos de notar que precisamente en aquel año, cuando el mundo parecía llegar al caos de la locura, Dios obró de ma-



nera notable... se fundó en Londres la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera con el objeto de dar a los hombres todos, en su propio idioma, la palabra divina de consuelo y de perdón para que se salven de este mundo perdido y obtengan la paz y felicidad que aquí no hay permanente.

Y sorprende más saber que en aquel año de 1804 fuese posible fundar la Sociedad Bíblica de Londres porque todo el mundo en Inglaterra hablaba de guerra y de invasión. A lo largo de la costa francesa del Canal millares de soldados estaban acampados, en tanto que Napoleón Bonaparte aguardaba la ocasión propicia para cruzar el Canal e invadir las Islas. Las fragatas británicas recorrían el Canal y en toda la costa de Kent se habían hecho preparativos para dejar entrar el mar e invadir los lugares elegidos para el desembarque. En toda Inglaterra los hombres se alistaban en el ejército y las familias vivían alarmadas y entristecidas, en tanto que los comestibles se hacían más difíciles de conseguir.

Los carruajes de caballos, ya que no había ferrocarriles ni teléfonos, estaban preparados

en todos los pueblos para llevarse a las mujeres y a los niños. Meses transcurrieron en esta actitud inquietante y los hogares estaban desordenados y desequilibrados. ¿Cómo pensar, pues, en fundar una Sociedad para imprimir y distribuir Biblias? Sin embargo, he ahí la razón por la cual tuvo éxito la empresa de la Sociedad Bíblica, porque fue obra de Dios y no interés de hombres meramente.

El mundo necesitaba oir hablar de Dios, no dejarse engañar por sofismas y políticas malsanas. El mundo tenía necesidad de conocer, de la manera más amplia posible, cual era el plan de Dios y su voluntad para el hombre. Y el propósito de imprimir esta historia, este mensaje, y de llevarlo a los hogares tuvo la bendición celestial. Había necesidad de pan, pero no era menos cierto que el alma estaba también hambrienta de pan eterno; había que defenderse contra el invasor, pero no era menos cierto que el diablo era el primer invasor del alma y contra él había que luchar, y luchar, como Cristo, con la Palabra de Dios.

Dos descubrimientos hicieron los hombres del Comité de la Sociedad Bíblica recién formada: a) que sólo en Gran Bretaña, Irlanda,

«Botadura del «María Jones» en Port Said»

Alemania y los Estados Unidos había más de cuarenta y tres millones de personas, en tanto que las Biblias en todo el mundo no pasaban de tres millones, *b)* que la Biblia no estaba traducida a los idiomas que hablaban millones de personas, pues sólo en la Gran Bretaña se hablaban seis lenguas a las cuales convenía verter abundantemente la Palabra de Dios.

Y esta tarea es la que tenían por delante aquellos hombres del Comité de la Sociedad, en medio de una nación preocupada sólo por defenderse contra el invasor y por conseguir lo necesario para su subsistencia.

Empresas vulgares de hombres cayeron, otras fracasaron en embrión, pero ésta, por tratarse de una obra de Dios, fue bendecida, pasó por la dura prueba y, cuando, después de la batalla de Trafalgar, Inglaterra se hizo dueña de los mares y el espíritu de sus habitantes fué más seguro que nunca, al ver que ningún invasor había puesto los pies en su suelo, el pueblo se recuperó rápidamente, el país fue más rico y la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera formó parte de ese poderoso movimiento expansivo en pro del mejoramien-

to del hombre, de las libertades inteligentes y de la paz de los espíritus ¡Cuánto bien no ha derramado por todos los países del globo esta hermosa obra de la Sociedad Bíblica!

## Capítulo I

## LA IGLESIA DE LA MONTAÑA

Podremos ahora, con mayor entendimiento, situarnos en aquel tiempo al que queremos trasladarnos, puesto que de la planta que brotó entonces del suelo de la Gran Bretaña, concretamente de Londres, un gigantesco árbol extendió sus ramas por todo e l mundo; árbol de vida cuyas hojas sirven para la sanidad de las naciones.

La cabaña que llama nuestra atención se encontraba todavía en pie en 1792, enclavada en un lugar solitario, pero verdaderamente pintoresco. El poblado de Llanfihangel-y-Pennant era un punto reducido, contemplado desde la altura de los montes que le circundaban, sobre todo desde el majestuoso Cader-Idris, con sus grandes rocas, sus precipicios y sus senderos a pico; al otro lado, se ofrecía al viajero que llegaba hasta aquel

rincón del condado de Gales, una bahía transparente, fascinante, la bahía de Cardigan. Pero los vecinos de aquel valle tenían algo en el corazón que no tenían en otras regiones del mundo, ni del mismo país, algo que les hacía verdaderamente felices, el conocimiento de las palabras de Dios.

Entremos en la cabaña. Las sombras de la noche envuelven a Llanfihangel y, por estar avanzada la estación, el viento glacial que silba desnuda a los árboles de sus hojas, formando montones en las oquedades de los caminos y de las veredas. La luna, cubierta y rodeada de nubes espesas que dan la sensación de un segundo Cader Idris, fantástico, en el lado opuesto, proyecta todavía una pálida luz que se rompe en los cantos recortados de las peñas, dejando en tinieblas el resto del paisaje. En el interior de la vivienda hay luz, que se escapa por las rendijas de la ventana.

Una vez dentro, comprobamos que la luz del interior no es otra cosa que el esfuerzo de una candela de resina por rasgar las tinieblas más prietas, luz vacilante que alumbra un telar detrás del cual se halla sentado un tejedor. Cerca del hombre hay una mujer de mediana



edad, tocada con una especie de chal y cubierta su cabeza con un sombrero alto y cónico, atuendo clásico del país de Gales. Un banco, dos o tres sillas, algo que parece un armario, rústico, y una mesa de cocina forman todo el ajuar.

—Siento mucho que no puedas venir, Jacob —decía la mujer, así dispuesta para salir— pero el Señor, que nos concede estas hermosas reuniones, velará también por tí, durante tu indisposición. El te curará.

—Es verdad, mujer, y no tengo porqué quejarme, pues hay personas más desgraciadas que yo. Y, además, todavía puedo hacer algo. —respondió Jacob Jones—. ¿Y ahora qué esperas, Molly? Vas a llegar tarde; ya son las seis.

—Espero a la niña; ha ido a buscar la linterna.

—Ah, sí, os es muy necesaria en esta noche tan oscura. Es buena cosa acostumbrar a María a llevarla porque, de otra manera, no podría ir a las reuniones que tantísimo le gustan.

—Ya lo creo, y el caso es que no podemos

enseñarle otra cosa que lo que dice la Biblia. ¡Qué el Señor la bendiga!... Ya viene.

—Has tardado mucho en encontrar la linterna, María, y debemos darnos prisa para no ser las últimas.

—Sí, he tardado un poco mamá, pero es que he tenido que ir hasta la casa del vecino William porque la nuestra no cierra bien y el viento la puede apagar dijo la niña, sonriendo.

—Bueno, vámonos, hija. Adiós, Jacob.

—Adiós, papaito —dijo la niña, al cerrar la puerta.

—Que prestes mucha atención para contarme luego lo que oigas, María —recomendó el padre, mientras de fuera entraba una fría corriente de aire.

La luna acababa de desaparecer detrás de una nube y la linterna que llevaba la niña iluminaba el sendero por el que, de no ser así, habría sido temerario andar, a causa de la oscuridad.

A poco, la señora Jones, teniendo asída de la mano a su hija, recitó: «Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino».

—Precisamente estaba yo ahora pensando



eso, mamá —dijo la niña.— Y quisiera recordar más pasajes bíblicos como este.

—Papá y yo quisiéramos enseñarte más, pero hace ya bastantes años que los aprendimos y nuestra memoria flaquea. Si tuviéramos una Biblia para repasarlos...

En una casita, en la ladera de una pequeña colina acostumbraba reunirse la iglesia evangélica y allí llegaron madre e hija, luego de una laboriosa marcha por aquellos caminos. El culto ya había comenzado pero el labrador Evans, con el cariño que siempre dispensaba, les hizo sitio en su banco y les indicó el número del himno que se cantaba.

Era María Jones la única niña presente y por su comportamiento serio, su espíritu recogido y respetuoso causaba la admiración de cualquier persona que la mirase. Los miembros de la iglesia, acostumbrados a estas reuniones habían acabado por considerar a la niña como a uno de los suyos y la miraban con mucho cariño.

Cuando terminó el culto, encendió la niña su linterna y fue despedida paternalmente por Evans, con estas palabras: «el Señor necesita corderos y ovejas, y es bueno cuando

desde pequeñito se oye la voz del Buen Pastor».

Ya en el camino de regreso, la pequeña hizo una pregunta con infantil naturalidad: «Madre, ¿por qué no tenemos una Biblia en nuestra casa?».

—Ay, porque las Biblias son raras, hija mía —explicó su madre— y, además, caras. Nosotros somos pobres y no podemos comprar una. Nuestro oficio, el de tejedor, es honrado, pero no da mucho; sin embargo, estamos satisfechos cuando tenemos para comer. Por otra parte, recuerda que es cosa más hermosa el guardar los preceptos de Dios en el corazón que el tener la Biblia por tenerla. Los que conocen el amor de Dios y lo sienten han aprendido la gran verdad que la Biblia puede enseñarles, y quienes confían en el Salvador para obtener el perdón y la paz, y asegurar, al fin del camino, la vida eterna, pueden estar ciertos de que el Maestro no cesará jamás de hacerles conocer su voluntad, pero tienen que esperar pacientemente a que El se las revele.

—Bueno, como tú has ido más veces a los cultos, mamá, ya estás acostumbrada —replicó la niña— pero para mí es más difícil. Cada vez que oigo leer alguna cosa de la Biblia se despiertan en mí mayores ganas de saber más y más. Estoy segura de que desearé más todavía cuando sepa leer.



La madre iba a contestarle cuando dio un tropiezo y cayó al suelo, aunque, afortunadamente, no se hizo mal alguno. Estaba tan absorta María en la conversación que había olvidado el sostener la linterna en dirección al camino y su madre no vio la piedra.

—Hija mía —dijo Molly, levantándose con dificultad—, lo que debe preocuparnos más que nada es el cumplimiento de nuestro deber presente e inmediato. Ya lo ves, una caída puede darnos una buena lección. La Palabra de Dios, aunque es lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino, no nos impedirá caer con frecuencia, si el uso que hacemos de ella no es juicioso y si ella no dirige e inspira hasta los detalles más mínimos de nuestra vida diaria. No lo olvides, querida María.

Aquella lección, aunque presentada de manera tan simple, fue entendida bien por la pequeña, como demostró más tarde en su

vida. No era María una excepción de los niños que en las casas humildes, para ganar su pan, tienen que trabajar, y así ella resultaba de grande utilidad en el hogar.

Jacob y Molly, como sabemos, eran tejedores de lana, industria muy generalizada en el país de Gales, y cuando las niñas de su misma edad, en las casas ricas, se entretenían con sus muñecas y con otros juguetes, ella barría la casa, limpiaba, cavaba, y a veces hilaba, ayudando a sus padres en todo. También daba de comer a las gallinas, estaba encargada de recoger los huevos y se alegraba tanto cuando los descubría en cualquier rincón inesperado, fuera de las cestas preparadas al efecto.

Todavía más, se encargaba de recoger la miel ,sin miedo a las abejas, y luego, cuando había terminado lo más urgente, se sentaba en un pequeño taburete, cerca del fuego en invierno, y se ponía a coser alguna prenda o a remendarla como podía, mientras tarareaba alguna cancioncilla galesa o recitaba los textos bíblicos que recordaba de memoria.

A veces, desde su casa, en las funciones del trabajo, teniendo la puerta abierta, contemplaba el majestuoso cuadro del monte Cader-Idris, que cambiaba de tonalidades, según el día y la hora, quedando impresionada por el espectáculo maravilloso que ofrecía la creación de Dios. Evocaba entonces en su mente infantil las escenas bíblicas del Viejo Testamento que sus padres le habían contado, y a veces le parecía ver el Monte Moria, en el que el patriarca se decidió a cumplir la dolorosa orden que había recibido del Eterno. Su imaginación veía al venerable Abraham y a su hijo Isaac, cargado con la leña para el holocausto, subir penosamente por la pendiente escarpada para luego, creciendo en realismo su escena, oír la voz del anciano respondiendo a Isaac: «Dios se proveerá del cordero para el holocausto».



En otras ocasiones, la escena cambiaba y el alto Cader-Idris, envuelto en la bruma, parecía la montaña a la que el Salvador se retiraba a orar, lejos de las multitudes y de sus discípulos que tanto quería. Allí veía a Jesús solo, en presencia del Padre, orando después de las luchas y las tristezas de la jornada.

—Ah, si yo hubiese vivido en aquel tiempo

—pensaba la niña— ¡cuánto le habría amado!, y quizás El me habría instruido, como enseñaba a los que le rodeaban, sin saber que era el Cristo; pero yo estoy segura de que le habría reconocido en seguida porque le habría amado instintivamente.

Mas no era sólo sobre esta montaña que la niña galesa imaginada sus escenas bíblicas porque, en ocasiones, les daba vida sobre la bahía de Cardigan; avanzaba un poco hasta el río que pasaba por el pequeño lugar de Towyn y, recorriendo con su imaginación el curso del agua que desembocaba en el mar, veía el lago Tiberiades y sobre él al Salvador, caminando sobre las olas o apaciguándolas con su voz autoritaria. Con frecuencia se imaginaba a Jesús sentado en un barquito, delante de las multitudes que se agolpaban en la playa para recoger ansiosas sus enseñanzas, y se sublimaba pensando que ella también estaba allí y que las oía.

Una tarde se presentó de visita la esposa del señor Evans, mujer amable, buena y distinguida. Todos en el pueblo de Llanfihangel la respetaban y amaban.

—Oye, María —dijo en el curso de la conversación—, no me olvidaré nunca de cuando tenías tres años. Corrías a toda prisa, con tus piernecitas pequeñas llenas de vida, pero cuando llegaba la hora de escuchar las historias bíblicas te quedabas muy quietecita y muy atenta. Tu padre te hablaba de Daniel y los leones, de David y Goliath, de Pedro en la cárcel, de José vendido por sus hermanos. y de tantos personajes bíblicos e historias.



—Pues todavía se queda encantada con ellas —terció el padre, haciendo un alto en su trabajo— y creo que más que antes. Lo que más siento es no tener medios para poderla instruir; fíjese que ya tiene ocho años y no sabe leer.

—¡Cuánto me gustaría saber leer! —exclamó la niña, emocionada y casi llorosa—. Es verdaderamente vergonzoso no saber leer, pues si yo supiera leería esas historias sin tener que molestar a nadie para que me las lea.

—Te olvidas, María, de que no tenemos Biblia —interrumpió la madre— y que no nos es posible conseguir una siendo tan caras y tan difíciles de lograr.

—Sí, es un verdadero problema —repuso

la señora Evans—. Justamente el otro día me decía mi marido que todo el mundo está quejoso de la falta de Biblias en nuestra lengua galesa. Incluso las personas que tienen dinero no logran traerlas de Londres si no es con grandes dificultades. Esperamos que la Sociedad para la propagación del conocimiento cristiano imprima pronto ejemplares.

—Tenemos que esperar a que el Señor obre de alguna manera porque esto es asunto de Dios — indicó Jacob.

—Con todo esto, me he olvidado del motivo de mi visita —aclaró la señora Evans—. Quería pedirle huevos frescos, si tiene, porque me han hecho un gran pedido y mis gallinas no ponen todo lo que necesitamos.

—Este es asunto de María —dijo Molly— porque ella se ocupa de mis gallinas y de los huevos que ponen.

La niña, que había estado embelesada en la conversación de las Biblias, pareció salir de un sueño, al ser interpelada, y salió rápidamente para volver a poco con una docena de huevos, que la señora Evans pagó y colocó en su cesta. Mas antes de partir, dijo a la niña:



—Pequeña, cuando sepas leer, escucha bien lo que te digo, podrás venir a mi casa a leer la Biblia todas las veces que quieras, si el camino no te resulta fatigoso.

—Oh, el camino no es nada para mí —contestó María—; apenas si llega a tres kilómetros y medio. Yo iría mucho más lejos para tener el placer de leer la Biblia... pero —añadió, con ligero temblor de voz— esto será si alguna vez sé leer...

—No te desanimes, querida. Las personas de tu temple no pueden quedar ignorantes. El Señor ha fomentado en ti ese deseo y El lo satisfará, con toda seguridad. Cuando las multitudes seguían a Jesús y tenían hambre, El no las despedía de vacío, y lo mismo hará contigo. A pesar de las dificultades actuales, El procurará que no te falte el pan de vida. Adiós y que el Señor te bendiga, María.

Aquella noche, la niña, antes de meterse en la cama, elevó al Señor esta oración: «Oh, Señor, tú que diste el pan a las multitudes que tenían hambre, tú que enseñabas y bendecías hasta a los más ignorantes, haz que yo también pueda instruirme».

...delante de una buena mesa, en el centro de la cual había un libro de gran tamaño.

## Capítulo II

# ORACION CONTESTADA

La niña no había perdido las esperanzas, a pesar de que habían ya transcurrido dos años desde la promesa de la señora Evans, si bien había adelantado mucho en las obligaciones domésticas en las cuales su madre la había impuesto. Por esta causa, estando la madre más descansada y la niña más ocupada, tenía María menos tiempo para soñar, aunque continuaba transportando al Cader Idris las escenas bíblicas que aprendía en la Escuela Dominical.

Pero una tarde volvió su padre de Abergynolwyn, pequeño poblado a unos tres kilómetros y medio de distancia, con aire sonriente. Jacob Jones había ido a vender tejido, que él y su esposa habían trabajado y, a pesar de la larga jornada de trabajo, su rostro resplandecía cuando se sentó junto al fuego.

La hija, ojo observador, encontró cierto cambio en las facciones de su padre y preguntó:

—¿Qué te pasa, papá? Tú tienes algo que decirnos, ¿verdad?

—Eres una pequeña adivina —dijo con ternura Jacob—. Es verdad, tengo una noticia.

Cuando la madre y la niña se acercaron aún más para enterarse, el padre dijo:

—¿Qué diríais si la niña pudiese instruirse y supiera leer y escribir, contar y hacer otras cosas que nosotros nunca hemos sabido?

—¡Oh, papá! — exclamó, llena de gozo, la pequeña.

Y, a continuación, el buen hombre explicó, contento, que se iba a abrir una escuela en Abergynolwyn y que había tenido el gusto de conocer al pastor Charles, de Bala, cuando entró en el local de la futura escuela. Añadió que el pastor Charles era hombre inteligente, de frente espaciosa, gran trabajador y que iba de lugar en lugar fundando escuelas para enseñar a leer a los niños pobres. Que tenía un grupo de colaboradores y maestros, que era hombre muy conocido y respetado, y, por fin, que el maestro de María sería John Ellis,



hombre excelente y admirable por sus virtudes cristianas.

Al oír todo aquello, la niña se abrazó a su madre llena de alegría, dando gracias al Señor, que había contestado así sus oraciones, y afirmando que, al fin, podría leer la Biblia.

Las tres semanas que transcurrieron fueron para María Jones más largos que tres meses y, llena de paciencia, no cumplía tan bien sus deberes caseros, pues su corazón estaba embargado por aquel deseo que vería pronto hecho realidad, de tal manera que Molly dijo un día a su marido:

—Si las cosas van a seguir así, yo no sé si sería mejor que no hubiese escuela, porque la niña parece que ha perdido la cabeza. ¿Y qué va a pasar cuando la escuela esté abierta...?

—No te atormentes, querida, porque eso se arreglará solo —dijo Jacob—. ¿No comprendes que esa cabecilla necesita alimento y que la perspectiva que se le ofrece, por esa misma razón, le trastorna? Cuando se haya nutrido y equilibrado, cuando vaya normalmente a sus clases todo marchará bien, tanto en la escuela como en la casa. No tiene más que

diez años y me alegro cuando encuentro que hace cosas de niña.

Cuando pasaron aquellas tres semanas, la apertura de la escuela marcó una nueva era en la existencia de María Jones. Como tenía hambre y sed de sabiduría, encontró en las lecciones un gozo especial y lo que para otros era tarea fastidiosa, para ella era un deleite. De esta manera fue prosperando y aumentando sus conocimientos, guiada por aquel inteligente maestro cristiano, que había descubierto en la niña virtudes insospechadas y un material excelente con el cual trabajar.

Los sentimientos cristianos de María le granjearon el afecto de todos en la escuela y en tantas ocasiones mostró su espíritu de sacrificio y compañerismo, hasta el punto que nadie tenía nada que decir malo de ella, ni siquiera sus compañeras tenían celos por su adelantamiento. Por otra parte, su madre comprobó, efectivamente, que trabajaba perfectamente en las cosas de la casa y que incluso se levantaba más pronto para hacerlas antes de partir para la escuela.

Como es natural, ocurrió lo que tenía que acontecer, y así una tarde, después del culto,



María se acercó respetuosamente a la señora Evans para decirle:

—Perdón, señora, ¿puedo pedirle una cosa?

—Ya lo creo, pequeña. ¿De qué se trata?

—Hace dos años tuvo usted la bondad de ofrecerme el uso de su Biblia cuando yo supiera leer y ahora quisiera pedirle permiso para ir a su granja a leerla.

—Me acuerdo perfectamente —dijo la mujer de Evans—, y ya que sabes leer tendré mucho gusto en recibirte en casa cuando desees.

Acordaron que fuese cada sábado y así pronto María Jones se encontró en casa de los Evans, casa más presentable y rica que la suya, delante de una buena mesa, en el centro de la cual había un libro de gran tamaño, envuelto cuidadosamente en un paño blanco.

—¿Has traído papel y lápiz para tus notas, María? — preguntó la señora Evans, con afecto.

—Sí, señora, quisiera estudiar lo del próximo domingo.

—Muy bien, pues cuando hayas aprendido tu lección y tomado tus notas, vendrás a la

cocina con nosotros para beber una taza de té, antes de ponerte en marcha.

Cuando la mujer del granjero desapareció, se encontró María, por primera vez, toda emocionada y gozosa, delante de una Biblia, aquel precioso volumen que con tanto cariño se conservaba en aquella familia y se leía día y noche. Levantó el paño blanco con cuidado y abrió el libro lentamente por el capítulo quinto del Evangelio de San Juan. Sus ojos se pararon en aquellas palabras: «Escudriñad las Escrituras porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí».

Aquello fue como si una voz de lo alto le diera a la niña aquella orden, y en el fondo de su corazón ella contestó: «Sí, señor, quiero obedecer, y meditaré en tus palabras. Estudiaré la Biblia todo cuanto pueda. ¡Ojalá pueda yo tener la mía!».

Tal vez parecería aquel momento una simple inspiración, sin mayor alcance, pero de igual modo que una simple nota puede constituir el preludio de una obra grande y magistral, cuya potente armonía correrá por todo el mundo, así aquel humilde e infantil



suspiro, salido del corazón, había de dar un maravilloso resultado: llevar la luz de la Palabra de Dios a millones de almas, toda vez que en ocasiones Dios ha escogido a los débiles y pequeños del mundo para llevar a cabo sus grandes propósitos, en orden a cumplir su voluntad. Y en este caso de María Jones vemos la causa pequeña produciendo el gran efecto, tan gran efecto que sólo la eternidad podrá revelarlo un día.

Después de haber aprendido su lección, participó la invitada del refrigerio preparado por los Evans y luego se despidió de sus amables vecinos, con la cabeza atormentada por una sola idea: «Es preciso que yo tenga una Biblia de mi propiedad».

Y en el camino se decía que, aunque tuviese que ahorrar céntimo a céntimo y més tras mes, lo haría con tal de conseguir un ejemplar de aquel maravilloso libro de Dios.

Llegó la Navidad y con ella las vacaciones para María y sus compañeros de escuela. La niña sintió mucho el no poder estudiar aquellos días, pero se alegró pensando que podría ahorrar algún dinero para comprar su Biblia, y entonces, sin descuidar sus trabajos domés-

ticos, encontró la manera de dedicar tiempo a sus vecinos; ganando alguna cosilla. Ahora vigilaba un niño, mientras la madre lavaba, luego recogía leña para otros que no podían, aquí remendaba unos trapos para una madre de familia y allí se encargaba de tender al sol la ropa de un pesado barreño etc.

Jacob le había construido una especie de caja, una hucha rústica, en la que María iba guardando todos sus ahorros o ganancias y cada vez que introducía una moneda su corazón se alegraba, pensando que el tiempo se acortaba para comprar su Libro. También por aquélla época la buena señora Evans quiso ayudarla, sabiendo del afán de la niña y le regaló un pollo y dos gallinas, dejando a la niña sin encontrar palabras para expresar su agradecimiento.

—Querida María —le explicó— deseo ayudarte a obtener tu Biblia porque sé que serás dichosa. Así cuando tus gallinas pongan, venderás los huevos y tendrás dinero para tu propósito.

De esta manera la hucha fue recibiendo dinero, poco a poco, mas la primera moneda de plata que entró en ella no fue ciertamente



producto de sus pequeños trabajos, ni de la venta de unos huevos, sino de una circunstancia imprevista, pues un día, volviendo del poblado cercano, encontró en una vereda una bolsa que contenía mucho dinero. La bolsa era de cuero y la niña estaba sobresaltada con el tintineo de las monedas que había en su interior, mas no sabiendo qué hacer, echó a andar con ella.

A poco vio a lo lejos a un hombre que parecía buscar algo entre las matas, con lentitud, y ella fue corriendo a preguntarle si había perdido aquella bolsa. El hombre, que resultó ser el cuñado del señor Evans, se alegró muchísimo, pues llevaba en la bolsa el pequeño tesoro de una operación comercial, y pidió a la pequeña que aceptase una moneda como obsequio. Aquella moneda de plata, casi nueva, entró resplandeciente en la hucha destinada a la adquisición de una Biblia.

Acabada la Navidad, María volvió a la escuela y reanudó sus visitas semanales a la granja para leer la Biblia, en la víspera de la Escuela Dominical, y así las semanas pasaron y pasaron. Las monedas iban amontonándose en la hucha, pero, contrariamente a lo espe-

rado por la niña pasaban también los meses sin que la cantidad prevista se hubiera logrado.

Una tarde, llegando después de lo previsto, con la natural ansiedad de sus padres, la niña explicó que se había entretenido porque había encontrado una lección tan hermosa que había tardado algo más para aprenderla de memoria y «traérsela consigo». A continuación recitó de carrerilla y con exactitud los doce primeros versículos del capítulo siete del Evangelio de San Mateo. Y había que ver con qué brillo en los ojos decía: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque cualquiera que pide recibe y el que busca halla y al que llama se abrirá»! Contemplándola embelesado su padre tuvo que decir luego, aparte, a su mujer: «Esta niña no morirá sin haber hecho grandes cosas para el Señor, y estoy seguro de que El le dará la Biblia que pide con tanto deseo».

María Jones fue a la cama alegre y confiada aquella noche, mientras sus padres quedaban algo más tarde, trabajando junto a la chimenea.

## Capítulo III

## CAMINO DE BALA

Era ya María Jones una jovencita hermosa, llena de vida, seria y activa, que llenaba de satisfacción el corazón de sus padres. Tenía cerca de dieciséis años y sus progresos en la escuela, bajo la dirección de dos profesores, habían sido notorios. El segundo de ellos, Lewis Williams era hombre de reputación auténticamente cristiana y de gran celo evangelístico, que hacía inflamar el corazón de los alumnos por el Salvador Jesucristo. Así María Jones se encontraba cada vez más cerca de su Señor y la firme resolución de comprar una Biblia no disminuía un ápice, más bien iba en aumento cada día.

En aquellos últimos años se había privado de golosinas, había frecuentado periódicamente la casa de los Evans, había apartado sus pequeños ahorros y había venido orando

por el don del Libro Santo. Era justo que llegase el momento, y llegó.

Un día entró corriendo en casa, casi gritando:

—¡Mamá! Papá! La señora Evans me ha pagado lo que me debía y ya tengo bastante para comprar la Biblia. ¡Qué feliz soy! ¡Ya tengo el dinero para mi Biblia!

Jacob dejó su trabajo al oír aquéllo y alargó sus brazos para estrechar a su hija, mientras decía alegre:

—¿Es verdad, María? Al cabo de seis años de espera y de ahorro, bien te lo mereces, hija mía. Dios puso el deseo en tu corazón y El mismo te ha dado la paciencia y el ánimo para trabajar hasta conseguir lo que deseas. ¡Que Dios te bendiga, hijita!

—Pero, dime, papá, ¿dónde podré ahora comprar la Biblia? Aquí no hay ni tampoco en Abergynolwyn — dijo la chica.

—Pues la verdad es que no lo sé; tendremos que preguntar al pastor William Huw, él te lo dirá. Deberías ir mañana a verle para preguntárselo.

Al día siguiente se presentó María en Llechweld y visitó a la persona que podía ayudarle, pero el señor Huw contestó que era imposible conseguir un ejemplar de la Biblia en galés, ni siquiera de la edición del año anterior, a menos que fuese en Bala, en casa del pastor Charles, si bien añadió que suponía que las Biblias que hubiese recibido el señor Charles las tendría comprometidas desde hacía meses, pues Londres producía escasamente y con dificultad.



Aquellas noticias no eran prometedoras y la joven regresó a casa con el corazón entristecido, aunque no perdía la esperanza de poder conseguir en Bala, en casa del pastor Charles, lo que allí no había conseguido. La distancia que había que franquear era de unos treinta kilómetros y María Jones no conocía el camino. Además no había visto nunca al pastor Charles, cuya misma celebridad, por ser hombre organizador de escuelas y trabajos cristianos de amplitud, le asustaba un poco; todos aquellos obstáculos, sin embargo, no hicieron mella en su resolución firme.

Jacob y Molly, a causa de la distancia, no estuvieron de acuerdo en cuanto a que la joven hiciese el viaje sola, a pie, hasta Bala,

pero, poco a poco, fueron cediendo a su deseo. El buen Jacob decía a su mujer:

—Si es el Señor quien está contestando a nuestras oraciones y quien va conduciendo a esta criatura, como se lo hemos pedido, no podemos oponernos a su sabiduría y a su protección. El tendrá cuidado de ella durante el viaje.

Y de esta manera pudo tener el permiso María para realizar aquel viaje tan deseado. Acudió a una vecina para que le prestase su talego donde poder meter su tesoro, si llegaba a conseguirlo.

Era la primavera del año 1800 y la jornada prometía ser magnífica, de modo que, antes de rayar el alba, la joven se puso en camino, luego de haberse lavado y peinado, acariciando aquella especie de bolsa en la que, de momento, puso sus zapatos nuevos para no estropearlos en los treinta kilómetros de camino; se los pondría al entrar en la villa.

A pesar de la hora tan temprana Jacob y Molly se habían levantado para preparar a la niña y para hacer una oración juntos implorando la bendición del Señor y su protección para el camino y la gestión que tenía que realizar en Bala. Y de aquella manera fortificada, la joven se encontró lejos de la casa, animosa, antes de salir los primeros rayos del sol.



Aquel día famoso, el día que había esperado durante tantos años, iba a hacer de María la criatura más feliz de la tierra, o, por el contrario, la iba a embargar de una pena jamás conocida. El recuerdo de aquel día iba a quedar grabado de una forma imborrable en su memoria durante los años venideros, hasta el final de sus días.

Con los pies desnudos, que apenas tocaban el suelo, la cabeza erguida, ojos brillantes y frescos, colores saludables en las mejillas, caminaba gentil y sonriente, a través de los campos, aquella mañana de primavera alegre. Jamás le había parecido tan hermoso todo cuanto le rodeaba, ni la montaña que se tornaba en colorido diverso, ni los rayos del sol, que ascendían progresivamente en el horizonte, ni el canto de la alondra, ni el roce furtivo del conejo salvaje. Pero ¿quién era el pastor Charles, en quien María Jones había puesto sus esperanzas?

Thomas Charles, de Bala, era hombre de

gran influencia y consideración en todo el país de Gales, como dijimos antes, ya que había organizado muchas obras beneméritas en todos los rincones del condado, y de todos era conocida su lucha contra la ignorancia de las gentes, reemplazándola por la luz de la verdad. De ahí que muchos le llamasen «el apóstol de Bala».

Tenía por entonces unos cincuenta años y había pasado unos veinte en las regiones más salvajes del país de Gales, predicando la palabra de vida, fundando escuelas, poniéndose, sin reservas, al servicio de Jesucristo, y utilizando los talentos que el Señor le había dado.

Fue a la edad de dieciocho años cuando entregó su corazón a Dios y sus primeros esfuerzos cristianos le llevaron a establecer en su propio hogar el culto familiar, ejerciendo gran influencia entre los suyos. Había empezado a estudiar en Camarthen, pero terminó en Oxford, en donde conoció al famoso pastor John Newton, amigo cariñoso y seguro en sus consejos, tan útiles para él en aquellos años de estudio. Incluso parece que pasó unas vacaciones en casa de aquel piadoso hombre, y es notable el hecho de que Thomas Charles

...recogía leña para otros que no podían

fuera considerado por muchos cristianos como un excelente predicador, fiel a la Palabra de Dios, que provocaba en las gentes el deseo de conocer más la Biblia y su siembra espiritual daba abundantes frutos, incluso en aquellos de corazón más duro.

A cosa del mediodía, María se detuvo para tomar un poco de la comida que había preparado al efecto, y se sentó debajo de un árbol que ofrecía buena sombra, haciendo descansar sus pies desnudos sobre la fresca hierba, que hacía de tapiz a su alrededor. Más tarde, al descubrir un arroyuelo, se lavó la cara, las manos y los pies, tan polvorientos y caldeados por el sol sintiéndose algo más restaurada.

Luego de inquirir acerca del camino en una de las casas de campo, prosiguió, entrando en la segunda parte del trayecto, más penosa que la primera, si bien avanzaba con firmeza hacia su meta: Bala. Ninguna aventura tuvo lugar en los treinta kilómetros recorridos, a no ser aquel buen campesino que le ofreció un poco de leche y la niña que en otro lugar le dio unas manzanas.

Al llegar a Bala siguió María las instruccio-

nes recibidas del pastor William Huw y fue derechamente a la casa de David Edwards, predicador metodista muy apreciado, quien le acogió cordialmente y, enterado del motivo de su viaje, le recomendó que se quedase en su casa porque era ya muy tarde y el pastor Charles estaba durmiendo, pues se levantaba siempre con el alba, al objeto de poder hacer las cosas preparadas para el día siguiente.

—De esta manera, cuando hayas hablado con él, tan pronto como veamos luz en su cuarto, podrás emprender tu camino de regreso, y estar en tu casa antes de que caiga la noche — le dijo Edwards.

La niña aceptó con gozo la hospitalidad ofrecida y después de una cena frugal, le acompañaron hasta su habitación y allí, antes de entregarse al sueño, elevó una oración al Señor. Rendida totalmente, se durmió pensando que sus esfuerzos no serían vanos y que Aquel que le había llevado hasta allí le concedería también lo que deseaba su corazón.

Bala estaba situada al borde del lago que lleva el mismo nombre, y, al caer la noche,



ofrecía un aspecto reposado y tranquilo, verdaderamente envidiable. Por muchos años después de la época que nosotros estamos narrando fue lugar favorito de cazadores y pescadores, sitio alegre y agradable, de aires sanos y escenario acogedor. Allí descansó María Jones su cuerpo fatigado y su anfitrión tuvo que sacarla del sueño profundo a la mañana siguiente, tocando con los nudillos en la puerta de la habitación.

—Despiértate, hija, que el señor Charles estará pronto trabajando en su despacho; el sol va a salir de un momento a otro — dijo bondadosamente David Edwards.

Y la joven saltó de su lecho, frotándose los ojos, para enfrentarse con aquel momento esperado. Dentro de pocos minutos se encontraría delante del hombre que podría facilitarle su Biblia. El corazón le latía fuertemente mientras se vestía y las primeras palabras que le vinieron a la mente, y que recitó, fueron las del Salmo veintitrés: «Jehová es mi pastor, nada me faltará».

El evangelista Edwards, tan pronto estuvo lista, la acompañó a casa del pastor Charles,

y antes de llegar vieron la luz en su despacho.

—Fíjate, María, ya hay luz en su gabinete. Nuestro apóstol ya está trabajando —dijo el viejo predicador—. No hay ninguno como él, y ¡cuánto ganaría el mundo si hubiese muchos hombres como él!

La niña no respondió nada, pero temblaba de emoción cuando David Edwards llamó a la puerta del despacho, que se abrió a los pocos minutos.

—Buenos días, amigo Edwards. ¿Qué te trae por aquí tan de mañana? Pasad, pasad — añadió, con acento amable, al notar la presencia de la joven.

Bastaron unas palabras de explicación rápida que el pastor Charles se dirigiera a la joven de la siguiente manera:

—Vamos a ver, hija, cuéntame la historia; no tengas temor. Dime de dónde vienes, cómo te llamas y por qué has venido a verme.

María cobró ánimo y respondió a todas las preguntas que se le hicieran; y su voz, que al principio era algo temblorosa, se afirmó a medida que avanzaba en su relato. Habló de su pueblo, de sus padres, del deseo que tenía



desde la infancia de poseer una Biblia, de los muchos años que había estado ahorrando para comprar el precioso volumen y acabó por decir que, por fin, ya tenía en sus manos el dinero necesario para comprar la Biblia.

El señor Charles le hizo luego ciertas preguntas para saber hasta donde llegaba la joven en sus conocimientos de la Sagrada Escritura y quedó encantado de sus inteligentes respuestas; comprobó que, en efecto, había estudiado el libro que tanto ansiaba poseer.

—Pero, dime, ¿cómo es que conoces tan bien la Biblia si no tienes ningún ejemplar?

Entonces contó María Jones lo de sus visitas a la casa de los señores Evans y cómo preparaba sus lecciones para la Escuela Dominical, pero a medida que iba hablando el pastor Charles iba quedándose más maravillado del valor, la paciencia y la fe que había necesitado aquella muchacha, durante todos aquellos años en espera de poder comprar una Biblia. Sin embargo, volviéndose a David Edwards, dijo con tono triste:

—Estoy verdaderamente disgustado. ¡Pensar que esta criatura haya hecho un viaje semejante para comprar una Biblia, después de

tanto sufrimiento y espera, cuando no tengo posibilidad de facilitarle una! Las Biblias galesas que recibí en depósito desde Londres el año pasado están todas vendidas hace tiempo y los pocos ejemplares que me quedan están prometidos a amigos que no puedo abandonar. Y, por desgracia, la Sociedad que hasta ahora ha enviado Biblias a nuestro país de Gales se niega a imprimir más; ya no sé a quién dirigirme. Las cosas están tan mal con motivo de la guerra...

Hasta entonces había tenido María los ojos fijos, muy abiertos, en el pastor, llenos de esperanza y confianza, pero al oír aquellas palabras, dirigidas al evangelista, se le llenaron de lágrimas y no pudo reprimir su tristeza; de repente, vio que la habitación se le oscurecía y la cabeza le cayó entre las manos, oyéndose unos incontenibles sollozos, preludio de un mar de lágrimas.

Pensó que todo se había acabado, que todo era inútil y que las oraciones, la confianza, la espera, el trabajo, los ahorros de seis largos años, el pesado viaje a pie desnudo, todo resultaba baldío inútil, precisamente cuando había llegado al punto deseado.



Sin embargo, las palabras del salmista: «¿Se ha olvidado de tener compasión el Señor, es que en su cólera ha retirado su misericordia?» le venían a la mente, aunque no podía ya contener el torrente de las lágrimas y los sollozos que se agrandaban en el silencio que los dos hombres habían hecho.

El buen pastor Charles quedó profundamente conmovido, mas en el fondo de su alma sintió una llamada irresistible. Levantándose de la silla, y poniendo una mano sobre la cabeza de la muchacha, dijo, con voz embargada por la emoción:

—María Jones, tienes que tener tu Biblia. Es necesario; aunque me sea difícil procurártela, es imposible del todo negártela.

La reacción súbita que aquellas palabras produjeron en la joven fue tan grande que quedó muda de repente, pero levantó sus ojos cubiertos de lágrimas para mirar al pastor, llena de alegría. Su expresión fue tan conmovedora que ni el señor Charles ni el evangelista Edwards pudieron tampoco contener las lágrimas de sus propios ojos.

Abriendo un armario, Charles sacó una Bi-

blia y luego puso su mano sobre el hombro de María y dijo:

—Si te sientes dichosa con este santo libro, querida niña, yo no me siento menos feliz de poder dártelo. Léelo con frecuencia, medita en él y que las palabras sagradas hagan siempre mella en tu espíritu y pon en práctica las enseñanzas del Evangelio.

Y a continuación, mientras María, en el gozo creciente de su corazón, derramaba dulces lágrimas, Thomas Charles dijo a su amigo:

—Esta historia conmueve el corazón más duro. Fíjese en esta niña, tan pobre, tan inteligente y conocedora de las Sagradas Escrituras, obligada a venir a pie desde Llanfihangel, ¡para buscar una Biblia! Desde hoy no descansaré hasta que no haya encontrado la manera de satisfacer esta necesidad de mi país, que reclama a grandes voces la Palabra de Dios. ¡Pobre pueblo galés tan necesitado de la Biblia!

Una media hora más tarde, después de haber compartido el desayuno en la casa de David Edwards, se puso en camino María. El cielo estaba cubierto, pero ella ni lo notó porque en su corazón brillaba el sol. El viento



soplaba con fuerza, pero en su corazón había calma, gran calma que daba satisfacción a su alma, y aquella bolsa prestada, más bien que colgar a la usanza de la época, la llevaba apretada sobre su corazón, guardando el libro precioso por el que había trabajado y suspirado durante años.

Llegó el mediodía y el sol se esforzaba por romper las nubes y dar calor a la tierra, en tanto que María, como los pajarillos del campo, cantaba alegremente, dando gracias al Creador por toda aquella hermosura que la rodeaba.

Por la tarde, Jacob y Molly, ya oscureciendo, esperaban a María para la cena, y se preguntaban qué habría pasado y qué noticias traería la niña. ¿Habría tenido éxito su viaje o habría fracasado? Traería ya su Biblia apetecida o vendría de vacío? Y mientras se hacían aquellas preguntas, prestaban la mayor atención a cualquier ruido del exterior por si se trataba de la hija esperada. No obstante, la espera no fue muy larga. Tras unos pasos ligeros, bien conocidos, la puerta se abrió y María, fatigada, cubierta de polvo, hizo su aparición.

Con el rostro radiante de alegría se echó en los brazos abiertos de sus padres, diciendo:

—Sí, sí, todo ha ido bien, muy bien — y luego contó aquella hermosa historia.

No es raro, especialmente en los años de la juventud, que un objeto por el que se ha trabajado mucho, o por el que se ha suspirado llegue a ser considerado con indiferencia. Pero este no fue el caso de María Jones. La Biblia que ella había deseado durante años, aquel libro por el que había luchado, esperado, orado, llorado y ahorrado, fue cada día más precioso para ella. La Palabra del Señor no era tan sólo pronunciada por sus labios, sino que se grababa en su corazón.

Aprendía capítulo tras capítulo y constituía su mayor alegría la preparación de sus clases para la Escuela Dominical. Cuando el Maestro hacía una pregunta bíblica que los otros niños no podían contestar, era siempre María quien contestaba, con rapidez, de modo juicioso e inteligente. Nadie en la escuela, ni en el pueblo tampoco, podía citar como ella de memoria capítulos y hasta libros de la Biblia.

Pero no es eso todo, porque, si bien es útil y bueno aprender cosas de la Biblia de memoria, hay algo más que pide Dios en sus palabras «si me amáis guardad mis mandamientos», y por ello María, al hacer un estudio serio de la Biblia iba progresando en su excelente conducta y en el cumplimiento de sus deberes, de tal manera que su propia madre estaba encantada. Las santas verdades penetraban en el alma de la joven y eran preciosa semilla que, al caer en buena tierra, daba fruto en abundancia. ¡Cuánto necesitamos nosotros que la Biblia entre en nuestro corazón!

## Capítulo IV

# «FUNDACION DE LA SOCIEDAD BÍBLICA»

Había quedado el pastor Charles profundamente impresionado por el caso de la joven María Jones y sus pensamientos le llevaron al estado espiritual lamentable de todos los habitantes de su país, privados de la Palabra de Dios. Como otros pastores de otras regiones de la Gran Bretaña, se veía privado de un normal suministro de Escrituras, y un pensamiento le tenía obsesionado: «¿Qué haría para conseguir las Biblias necesarias para el país de Gales?».

Pertenecía Charles al comité de la Sociedad Religiosa de Tratados y por esta razón llegó a pensar que debía presentar un plan para resolver aquella penuria en la próxima sesión que se celebrara en Londres. Esta tendría lugar dentro de poco, el 7 de diciembre de 1802,

y en los días que mediaban se propuso ventilar la manera de formar una Sociedad que facilitase Biblias para Gales.

Había nacido Thomas Charles en Panttwin, parroquia de Llanfihangel Abercowyn, en el 1755, y, aunque sus primeros estudios fueron pobres, por ser sus padres granjeros, llegó a poder pagar sus gastos en la Universidad de Oxford de una manera providencial; alguien que conocía su talento y su deseo le procuró dinero para sus estudios superiores. Y ya en Oxford comprobó nuevamente que la mano del Señor le protegía. Había terminado su dinero y habló con sus superiores para regresar a su hogar, pero alguien, también de manera insospechada, facilitó el dinero para que pudiese continuar sus estudios. Aquella experiencia acercó al joven más a su Señor y Salvador, si bien conviene recordar que Charles era joven entregado al servicio del Cristo. Ya en la escuela entendió perfectamente su condición de pecado y sintió la llamada para seguir a Jesús, como indicamos en otro lugar. Aunque se dice que Rees Hugh le mostró más claramente el camino de Dios, fue a los dieciocho años cuando nació espiritualmente, el



20 de enero de 1773, al oír un sermón del pastor Daniel Rowland, según describe el mismo Charles en su diario, con estas palabras: «A partir de aquel día feliz, he vivido en un nuevo cielo y en una nueva tierra. El cambio que experimenta un hombre ciego al recibir la vista no es mayor que el que se operó en mi mente. Las verdades que me presentaron fueron para mí entonces tan maravillosas que apenas si podían creerse, y de la misma alegría apenas si las aceptaba. Las escasas ideas que flotaban en mi imaginación acerca del Evangelio no podían entrar en mi corazón, pero aquéllo, sí».

En 1778 encontramos ya al señor Charles sirviendo a Cristo en las iglesias de Inglaterra, en el condado de Somerset, y tres años más tarde contrae matrimonio con una señorita de Bala que mostró delante de Dios y de las gentes que se había unido en matrimonio para ayudar a la causa de Cristo. Hay algo muy notable en la vida de Thomas Charles, y es el hecho de que fuera despedido de tres iglesias porque sus sermones eran muy agudos, haciendo enfasis en la sinceridad de la Palabra de Dios. A un amigo llegó a escri-

bir: «Me encuentro entre dos caminos: o continuar en la iglesia en unas condiciones que no me agradan o separarme de ella. Ya me han echado de las tres anglicanas que hay aquí. ¿Qué haré? Sólo el Señor lo sabe».

Como sentía gran atracción por la juventud y estaba preocupado por la ignorancia de los niños de Bala, les invitaba a su casa para enseñarles, principalmente en los domingos por la tarde, y de este modo fue creciendo su reputación. Llegó el momento en que no podía recibir en su casa a tantos niños y la iglesia metodista-calvinista le ofreció el uso de la capilla para que continuara sus clases dominicales, lo que dio lugar al sistema de Escuelas Dominicales que se extendió después por todo el país, circunstancia que le hizo unirse a los metodistas. Desde entonces la actividad del pastor Charles fue creciendo. La inmoralidad, la mundanalidad abundaban por doquier y la Biblia era un libro desconocido; en estas circunstancias, Charles se dispuso a predicar por todo el norte del país de Gales, como dijera Mr. Rowland: «siendo Charles un verdadero don de



Dios para Gales». Un ejemplo nos iluminará su influencia.

Una vez encontró a un viejo en la montaña, y le dijo: «Ya es usted anciano y está cerca del otro mundo», a lo que el aludido replicó: «Así es, pero confío en llegar al cielo». Al oír aquéllo, Charles, que «le andaba buscando», le preguntó: «¿Es que conoce usted el camino? ¿Conoce usted la Palabra de Dios?», y la contestación del viejo fue: «¿Es usted quizás el pastor Charles?».

En cuanto a sus sermones, un biografo dice: «La escena de la reunión era impresionante. Decenas, si no centenas de personas estaban llorando, algunos con gran dolor, otros de alegria, alabando a Dios por el perdón de sus pecados, en tanto que Charles exponía las verdades de la Biblia».

El plan de Charles para sus «Escuelas circulantes» consistía en emplear maestros itinerantes que, por un pequeño sueldo, de unas doce a quince libras por año, fuesen de lugar en lugar enseñando a los niños a leer la Biblia en su lengua nativa y a instruirles en los principios del Cristianismo. Tenían que estar seis o nueve meses en un sitio y luego mar-

char a otro, para lo cual se empleaban, naturalmente, a hombros piadosos que sentían la fe de Cristo. Así alguien escribió que «tuvo la dicha de ver al país sorprendentemente cambiado, en el desierto surgió la rosa y en la tierra seca el manantial que apaga la sed». De esta manera el sistema de Escuelas Dominicales quedó bien afirmado en Gales.

Y éste fue el hombre que acudió el invierno de 1802 a Londres con la idea fija de conseguir suficientes biblias para los galeses. Por el camino, no cesaba de hacerse la mismísima pregunta: «¿Se podrá formar una Sociedad con el solo objeto de distribuir la Biblia?».

Subió Thomas Charles aquella mañana oscura de Diciembre hasta el primer piso de la casa en Old Swan Stairs, lado septentrional del puente de Londres. La habitación estaba alumbrada con velas y sobre la mesa había libros y papeles, alrededor de los cuales se encontraban varios hombres. Pertenecía el despacho a Mr. Joseph Hardcastle, que lo había cedido generosamente para las reuniones de la Sociedad Religiosa de Tratados, y en él se encontraban, además de los miembros



del Comité tres visitantes. Presidía el pastor Matthew Wilks y, a poco de iniciarse la reunión y de despacharse algunos asuntos de trámite, Mr. Tarn anunció que iba a hablar el pastor Charles de Bala sobre la escasez de Biblias en el país de Gales y del problema que aquéllo creaba, exponiendo que su visita a Londres se debía principalmente al deseo de exponer sus ideas.

Cuando Charles se levantó y comenzó a relatar de qué manera Dios había venido bendiciendo aquel principado de Gales, cuando habló del despertamiento religioso que se había registrado y de la transformación del pueblo mediante la lectura de la Biblia logró la mayor atención e interés de todos los presentes, pero también al explicar con palabras dramáticas el grave problema de la escasez de Biblias galesas para aquel principado se conmovieron todos y lamentaron la dificultad del problema, sobre todo en aquellas circunstancias en que se encontraba Inglaterra con un ejército invasor a la puerta.

Pero cuando el pastor Charles contó el caso típico de María Jones y presentó su plan para formar una Sociedad Bíblica que pudiese ser-

vir de Biblias a Gales, todos aprobaron unánimemente la idea. Thomas Charles propugnaba por la formación de una sociedad de igual naturaleza que la de Tratados pero dedicada únicamente a la Biblia para el Principado.

Mientras el pastor Charles estuvo hablando, una idea se iba plasmando en la mente del secretario de la Sociedad de Tratados, Mr. Hughes: que dicho plan era necesario, no sólo para Gales, sino para tantos y tantos lugares; por eso, con voz pausada, dijo: «No hay duda de que debemos formar una Sociedad para distribuir la Biblia, pero si se funda para las necesidades de Gales, ¿por qué no puede atenderse también a las necesidades del mundo entero?».

Aquella hermosa idea, amplia, generosa, fue casi como la repetición del pensamiento y palabras de Guillermo Carey («Emprendamos grandes cosas para Dios y esperemos grandes cosas de Dios») y seguidamente fue aceptada pidiéndose que constara en acta.

Las palabras de Mr. Hughes se expresaron en el libro de Actas de la siguiente manera: «Habiendo presentado el pastor Charles de



Bala el asunto, introducido antes por el señor Tarn, de la distribución de Biblias en Gales, el comité resuelve que es de todo punto necesario suscitar el interés del pueblo para que se distribuya la Biblia de modo general y que se anuncie de modo adecuado, considerándose este asunto bien relacionado con los propósitos de la Sociedad de Tratados».

Y aquella resolución que, por su redacción, muestra haber sido escrita deprisa y de repente, como ocurre con frecuencia en los comités, fue el principio del amplio trabajo de la Sociedad Bíblica. La Sociedad de Tratados se ocupó del asunto con interés en las reuniones sucesivas, siendo requerido el Sr. Charles para estar presente en las dos que siguieron, antes de regresar al principado de Gales.

La hermosa idea de establecer una Sociedad con el único objeto de distribuir las Sagradas Escrituras por el mundo entero fue desarrollándose más y más, a pesar de las adversas circunstancias y los nombres de tres personas han quedado íntimamente ligados a este maravilloso plan: Thomas Charles, míster Tarn y Mr. Joseph Hughes.

Luego de dos años de estudios y de prepa-

ración, habiendo circulado las cartas de Mr. Hughes a todos los cristianos de todas las denominaciones para que se uniesen en la fundación de la tal Sociedad, el día 7 de marzo de 1804, en el lugar histórico de Bishopgate, número 123, en la London Tavern, quedó constituida la SOCIEDAD BÍBLICA BRITÁNICA Y EXTRANJERA, lazo común de todos los cristianos, cualquiera que sea su pabellón eclesiástico, con tal de que deseen servir a Dios y trabajar por el progreso de su reino, esparciendo, cual angélicos sembradores, la Santa Palabra por el mundo entero.

«Mr. Tarn, que fue nombrado Sub-secretario General y Contable de la Nueva Sociedad, cargo que decía en una carta a un amigo el día de la formación de la Sociedad: «tengo mucha alegría en participarte que, después de varias reuniones preliminares, hemos celebrado hoy una en la London Tavern para formar definitivamente la Sociedad Bíblica, que tiene por objeto circular las Escrituras de una manera mucho más amplia de lo que se ha podido hacer hasta ahora».

Mr. Joseph Hughes, a quien se debió la noble idea de fundar una Sociedad para el mundo entero, y quien sugirió el presente nombre que tiene todavía la Sociedad, fue el alma de la misma, pues luego de ser primer Secretario de la Sociedad de Tratados fue Secretario General de la Sociedad Bíblica hasta su muerte. Fue excelente predicador y hombre muy piadoso. Su carta circular sobre «La excelencia de las Sagradas Escrituras, argumento para su mayor difusión en Inglaterra y en el Extranjero» fue publicada en varias ediciones, siendo muy bien acogida en todas las iglesias de la Gran Bretaña. Un párrafo de la misma fue verdaderamente profético, pues decía así: «Echemos una mirada amistosa a los otros países del mundo y seamos los fundadores de la primera institución que jamás haya salido de Europa con el expreso propósito de hacer bien a todos los hombres».



Otros nombres se fueron añadiendo a la lista de los gloriosos servidores de esta gran causa: John Owen, Steinkoff, Wilberforce, Josiah Prat, y en el País de Gales el Doctor Warren y el Doctor Burgues.

El primer acto del Comité fue votar la impresión de una Biblia en lengua galesa para uso de las Escuelas Dominicales de aquel

país„ y el primer envío llegó allí en el 1806. Mientras Napoleón se nombraba a sí mismo Emperador y arrecia en su lucha contra los ingleses, éstos estaban imprimiendo Biblias. Un testigo ocular describió la llegada de los libros a Bala con las siguientes palabras:

«Cuando llegó el carro que llevaba el primer cargamento sagrado se hizo un anuncio y todos los campesinos galeses acudieron en masa y se acercaron jubilosos, dándole la bienvenida, como los israelitas hicieron en lo antiguo con el arca, colocaron el carro en el centro del pueblo y los ejemplares fueron desapareciendo con gran rapidez, viéndose luego a los jóvenes leyendo por la noche el libro con avidez como si fueran a devorarlo. Los campesinos se los llevaron a la montaña, a sus cortijos o granjas, y los metían en sus talegos o bolsas de faena para leerlo en el trabajo, durante los ratos de descanso. Todo el mundo deseaba familiarizarse con las verdades sagradas».

Es interesante mencionar lo que el pastor Charles opinaba sobre tres asuntos relacionados con la impresión y circulación de las Sagradas Escrituras. El primero es el de ven-



der la Biblia más bien que regalarla. En su carta del 14 de septiembre de 1803, dirigida a Mr. Boase, uno de los más antiguos miembros del Comité, decía: «Creo que es mucho mejor vender la Biblia a un precio moderado que regalarla porque hay bastante caridad en el país para poder ayudar a una persona necesitada a comprar una Biblia, si ella no tiene la cantidad necesaria para la adquisición. Si fuésemos a darla, nos meteríamos en gran dificultad porque muchos pedirían descaradamente una Biblia, por ser gratis, tratando de revenderla al día siguiente».

En cuanto a la división en párrafos, mejor que en capítulos y versículos, escribía a dicho miembro del Comité en fecha 5 de octubre de 1803: «Me he enterado del plan de Mr. Reeves de imprimir la Biblia en secciones y no en capítulos y versículos. El Testamento griego que leo diariamente está escrito de esa manera y me gusta mucho, pero, a pesar de ello, opino como usted, que no es útil para el uso popular. Si se adopta su plan para la próxima edición, me temo que pueda impedir en gran manera la venta de los ejem-

plares. Me parece que el experimento es atrevido».

El tercer asunto es el de la enseñanza de los niños en el lenguaje que ellos emplean generalmente y entienden mejor. Una frase o dos de sus memorias serán suficientes para indicar sus ideas sobre ello: «Si nuestro principal objeto consiste en fomentar el conocimiento religioso, como por fuerza debe ser, al instruir a seres inmortales, no necesitamos pruebas porque es tema que se evidencia por sí mismo. El tiempo necesario para enseñarles a leer la Biblia en la lengua propia es tan corto que causa verdaderamente lástima no darle inmediatamente la llave que abre todas las puertas y que ofrece todos los tesoros divinos al alma que busca».

Los biografos de Thomas Charles registran una serie de incidentes notables que no vamos a relatar aquí, pero uno sí. En el otoño de 1799, cuando cruzaba las montañas, se le heló una mano y corría peligro su vida. En su capilla se hicieron oraciones por su salud y durante ellas un hermano oró con tal fervor que llegó a pedir a Dios que, como en el caso de Ezequías, prolongase su vida quince años



más. El pastor se puso bueno y pronto estuvo trabajando de nuevo, con todo su dinamismo. pero sorprendentemente murió a los quince años justos de aquella oración. En este intervalo, dedicado con mayor intensidad al servicio de Dios, se registran muchas grandes cosas hechas por él, como la fundación de una imprenta en Bala, la preparación de un diccionario en galés, la publicación de un periódico cristiano, la realización de una gira evangelística por toda Irlanda, y su ayuda en la fundación de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, teniendo, además, el privilegio de seguir la impresión de la Biblia en galés.

Cuando iba a partir para el cielo, un amigo le dijo: «Bueno, señor Charles, ha llegado la hora de la tribulación», a lo que él contestó inmediatamente: «Tengo un refugio», y a poco durmió en el Señor. No transcurrieron veinte días cuando su esposa le seguía en aquel mismo viaje.

## Capítulo V

## «FIDELIDAD DE MARIA JONES»

Cuando llegó el momento de abandonar la escuela, María se puso a tejer como sus padres y su Biblia le era más querida que nunca. Se llenó de alegría al conocer la fundación de una Sociedad Bíblica y al enterarse de la llegada de Biblias galesas a Bala.

Además de los trabajos caseros que hacía, ahora con mayor razón porque su madre ya era menos hábil en razón de sus años, aprendió a coser y llegó, para ganar algún dinero, a ayudar a sus vecinas en la preparación de ropa para los niños y para ellas mismas. Pronto acudieron clientes y... también alguien que la pretendió.

Jacob se sentía más molesto cada vez a consecuencia de su asma y en el invierno, con los vientos fríos y la niebla, sufría mucho, cosa que sobrellevaba con buena paciencia,

pensando siempre en el amor del Salvador que había sufrido tanto por él.

De tarde en tarde, el pastor Charles venía por Abergynolwyn y también por Llanfihangel, procurando en estas ocasiones ver a María Jones para contarle cosas sobre el desarrollo de la Sociedad Bíblica de Londres. Pasó algún tiempo más y la historia nos cuenta que María Jones casó con un tejedor llamado Thomas Lewis y que se trasladó a vivir a Bryncrug, cerca de Towyn, lugar no muy lejano, pero que se unió en matrimonio cuando ya sus padres habían entrado en el reposo eterno.

Ya en Bryncrug, en compañía de su marido y de sus hijos, teniendo la responsabilidad de una casa, con nuevos deberes y también nuevas dificultades, el amor de María por su Biblia aumentaba de día en día. Muchas cosas habían cambiado alrededor suyo, pero el Libro Santo continuaba siendo el mismo, penetrando cada vez más en su corazón y revelándose en ella con más claridad la potencia del Espíritu Santo que le guiaba y le aconsejaba.

Si la vida de María había estado muy ocupada en Llanfihangel, más lo estaba en Bryncrug, pero su decisión y energía, características suyas, continuaban siendo motores de su conducta. En la más humilde tarea veía un servicio para Cristo y por su fidelidad y su cumplimiento del deber ejercía una bendita influencia en todos los que la conocían. Si el niño de una vecina tenía la necesidad de una explicación para la clase de la Escuela Dominical acudía a María, la cual mostraba su conocimiento de la Biblia con las explicaciones claras y sencillas al alcance de cualquiera. Si se necesitaba un consejo para cortar una prenda, María era la más entendida y encontraba tiempo para hacer un servicio a sus vecinas de aquella manera se ganaba el afecto y la confianza de todos, haciendo honrosa a los ojos de la gente la religión de Jesucristo sacada de la Biblia.



Y es natural que María Jones pensara siempre en la Sociedad Bíblica y se alegrara cuando recibía noticias de los donativos que se recibían para repartir la Palabra de Dios a otros hombres. Ella, con sus ahorros, de la venta de la miel, de lo que podía apartar de la administración de su casa, etc., enviaba di-

nero a Londres para contribuir a la distribución de las Biblias a precios económicos por el mundo entero. Cuando en 1854 se hizo una colecta en Bryncrug para enviar a China un millón de Testamentos en chino se encontró en la bolsa una hermosa pieza de plata de gran valor en aquel tiempo, donativo de aquella sierva generosa, llena de amor para su Dios y Redentor.

Un día acudió una vecina a María, Betsy Davis, comunicándole que estaba pensando hacer un vestido a su niño, pero que, en realidad, no sabía por dónde empezar; por tanto, le pedía su ayuda.

—Le haré enseguida con mucho gusto —replicó ella enseguida—. Todos mis hijos están ahora en la escuela y mi marido está en Towyn, de modo que puedo disponer de una hora o dos. Enséñame la tela.

Extendió Betsy la tela encima de las rodillas de María y en seguida vio ella lo que se podía hacer con ella, sin mayor dificultad. Le dijo que no costaría gran trabajo hacer el vestido, y, levantándose, empezó a cortárselo, al tiempo que le iba explicando la mejor manera de hacerlo.

...prestaban la mayor atención a cualquier ruido del exterior

—Quisiera, María, que me revelaras el secreto de tu felicidad y de cómo puedes vivir tan bien, cuando todos sabemos que no eres rica y tu marido es igualmente tejedor como el mío, y como casi la mayoría; tú no tienes deudas y tienes orden, paz y alegría. Y, por si fuera poco, todavía puedes dar dinero — preguntó la vecina, con interés.

—No es difícil descubrirte el secreto, Betsy —aclaró María, sonriendo—, pues si nosotros, con un poco de atención y renunciamiento, podemos economizar algo para la gloria de Dios, lo hacemos con gran alegría.

—Eso está bien en teoría —contestó la vecina— pero en la práctica no lo entiendo. Yo no tengo nada que poder dar y, sin embargo, tengo menos hijos que tú y gasto menos.

—Pues bien, Betsy, nosotros, mi marido, mis hijos y yo, siempre estamos pensando si hay algo de que podemos pasarnos, alguna fantasía o detalle al que podamos renunciar para poder ofrecerlo al Señor. En una hucha vamos formando nuestro pequeño tesoro, como el de la pobre viuda del templo a la que el Señor dio su aprobación.

—No acabo de entender a qué podemos re-

nunciar, siendo tan pobres — insistió aún Betsy.

—Mira, siempre hay pequeñeces a las que no damos importancia. Por ejemplo, mi marido tenía la costumbre de fumar una pipa todas las tardes y un día, cuando examinábamos lo que podríamos hacer más por el amor del Señor, él dijo: «Escucha, querida, voy a renunciar a fumar la pipa», y yo te aseguro, Betsy, que no pude contener las lágrimas porque comprendí el sacrificio que suponía para él. Luego mi hijo mayor dijo que él daría el regalo que su padre le iba a hacer por Navidad, en tanto que nuestra hija, Sally, dijo que no le comprase la cinta de seda nueva para el sombrero y que lavaría otra vez más la vieja y la llevaría como si fuese nueva. El pequeño Banny pasó un día entero recogiendo ramas secas que vendió por unas monedas y vino a traerlas como ofrenda al Señor.

—¿Y tú, María? — preguntó la vecina, muy emocionada por lo que estaba oyendo.

—Oh, yo. Tengo la cera de mis abejas; lo que gano con ellas va al tesoro, con algo más que pueda añadir, y, fíjate bien en lo que te



digo, jamás, jamás, nos hemos arrepentido de dar lo que hemos dado al Señor. El nos da cien veces más en felicidad, paz espiritual y el gozo de sus cosas.

—Lo creo fácilmente porque nunca os hemos oído quejaros, ni os hemos visto de mal humor, o descontentos como a otros, confesando que yo misma soy una de tantas. Bueno, María, creo que voy a ensayar este sistema tuyo, aunque me cueste mucho al principio porque no estoy acostumbrada a este género de economías.

—Pues yo estoy acostumbrada desde que era niña —replicó María Jones— cuando estuve ahorrando moneda tras moneda y año tras año para ver de comprar esta Biblia, así que ahora no me es nada de extraño, y quiero educar también a mis hijos en este sentido.

—Déjame ver la Biblia, María.

Betsy estuvo mirando aquella Biblia con atención, le dio vueltas y, por último, dijo:

—Creo que es a esta Biblia a quien tú debes el ser tan diferente a las demás mujeres. Tú has leído y estudiado en ella y tus pensamientos y tu vida están embargados por las pala-

bras de este Libro. Por eso os sentís tan felices y vivís en paz.

—Querida Betsy —explicó la aludida, con lágrimas en los ojos—, doy gracias a Dios cada día por su misericordia y por su amor, al permitir que yo, pobre, ignorante y débil, me sienta sostenida por El y pueda decirte en este momento que Su Palabra Santa es el consuelo y la guía de nuestras almas. Puedo decirte que la Biblia es el Libro de Dios que cambia la vida de los hombres, haciendo que puedan convertirse en hijos de El, pasando de las tinieblas a la luz, del error a la verdad, de la intranquilidad a la paz, de la infelicidad a la felicidad.

Aquel hermoso testimonio de María Jones pudo repetirlo en varias ocasiones y fue conocida como una santa mujer que seguía las palabras de Dios en el Libro Santo hasta su vejez. En un retrato de la época se la ve, en su edad avanzada, vestida a la usanza del país, con su sombrero alto y su pañuelo debajo del cuello. En una mano lleva un bastón que le sirve de apoyo y en la otra, apretándola junto al pecho, su querida Biblia, la fiel compañera de tantos años.



Poco sabemos de la última parte de su vida, de las penas y alegrías que el Señor le haya dispensado, pero sí nos dice la historia que tuvo ocho hijos, que vio morir a algunos de ellos y que sobrevivió a su marido. Uno de sus hijos habitó hasta hace poco en América.

Como es natural, la pérdida de sus seres queridos no pudo nunca separarla del amor de Jesucristo ni disminuir su apego a la Santa Palabra de Dios, que «permanece para siempre». Ella continuó amando su Biblia más que nunca y la comprendió cada vez más. Su verdad fue luz a través de todas las circunstancias de la vida de María Jones y cuando Dios la llamó y oyó aquella voz, conocida desde su infancia, decir: «Sube más arriba, María, y no temas», confió en la bondad y misericordia de Aquel que le había dado su Palabra y la había salvado de la muerte eterna.

El día 28 de diciembre de 1866 voló nuestra heroina de la fe a la mansión «no hecha de manos», a la edad de ochenta y dos años, y en su lecho de muerte entregó su histórica Biblia al pastor Thomas Griffiths, que a su vez la regaló a Mr. Rees y ahora se encuentra en una vitrina de la Sociedad Bíblica Britá-

nica y Extranjera de Londres. Allí podemos leer, escrito de su puño y letra, que María Jones compró el precioso volumen el año 1800, cuando tenía dieciséis años.

Y así, cargada de días y llena de buenas obras, aquella buena sierva entró en el reposo de su Señor. El grano maduro fue recogido en los graneros celestiales y en el pequeño cementerio de Bryncrug puede contemplarse la lápida en dos idiomas, galés e inglés, de María Jones, que fue piedra de fundación de la gloriosa Sociedad Bíblica de Londres.

## Capítulo VI

## «LA OBRA DE LA SOCIEDAD BIBLICA»

Al principio del trabajo de la Sociedad, el Comité pensó que podría obtener todos los fondos que necesitasen para papel, impresores, encuadernadores, traductores, transportes, aduanas, etc., por medio de suscripciones, donativos y legados, como igualmente por medio de colectas hechas en las diferentes iglesias evangélicas, y de esta manera lo que se recibió por todos conceptos durante los primeros cuatro años ascendió a seis mil libras.

Mucho bien podía hacerse con aquel dinero, de modo que la Sociedad cobró ánimo y prosiguió en su tarea, confiando algún día en poder llegar a las cien mil libras anuales. Pero algo maravilloso ocurrió porque las seis mil libras se convirtieron en catorce mil al año siguiente, luego en dieciséis mil, treinta y seis mil, sesenta y seis mil y así sucesivamente.

Ocurrió que, primero en Reading, luego en Nottingham, después en Newcastle on Tyne, Leeds, Exeter y otros lugares, se abrieron despachos de la Sociedad Bíblica y se fueron esparciendo por todo el país. En 1814 todas las provincias de Inglaterra tenían una o dos representaciones de Londres y en 1816 ya hubo doscientos treinta y seis despachos u oficinas de la Sociedad Bíblica en el Reino Unido. Bueno es decir que en los primeros doce años la Sociedad dedicó solamente para el trabajo de Europa 62.204 libras esterlinas.

Durante los tres primeros años de trabajo la Sociedad puso en circulación 81.000 Biblias y Nuevos Testamentos; en 1881 el número de volúmenes salidos de la Sociedad de Londres fue el de 2.938.000 y solamente en el año 1956 se produjeron 1.700.000 Biblias, 1.100.000 Nuevos Testamentos y 2.383.000 libros sueltos de la Biblia.

En 1804, año de la fundación de la Sociedad, se encontraba la Biblia traducida a unas cincuenta lenguas y desde entonces fue aumentándose el trabajo de traducción hasta llegar hoy a la cifra de mil cien idiomas a



que las Sociedades Bíblicas han traducido la Palabra de Dios.

El primer Presidente de la Sociedad fue Lord Teignmouth, Gobernador General de la India, el segundo, Lord Bexley, Ministro del Gobierno inglés; el tercero el Conde de Shattesbury, miembro destacado de la Cámara de los Comunes. El fue quien incluyó a España en el trabajo de la Sociedad, y actualmente los Reyes de Inglaterra vienen ostentando los cargos honoríficos más altos en esta obra, pues los trabajos voluntarios y beneficiosos de la Sociedad Bíblica a través de tantos años fueron reconocidos por una Carta de Incorporación firmada por el Rey Jorge VI el día 27 de noviembre de 1948. En esa Carta real se especifica, entre otras cosas, que el Comité General consta de varios Vicepresidentes, de un Tesorero, dos Secretarios Generales y treinta y seis laicos, de los cuales seis han de ser extranjeros residentes en Londres o en sus alrededores; la mitad de los restantes deben pertenecer a la Iglesia de Inglaterra y la otra mitad a las otras denominaciones.

El 11 de junio de 1886, cuando el Príncipe de Gales puso la primera piedra en el edifi-

cio actual de la Sociedad de Londres, Shaftesbury dijo: «Este edificio se levanta para gloria de Dios y fomento de los mejores intereses de la raza humana», y esto ha sido reconocido por todos los hombres de buena voluntad de todos los países del mundo.

Ya en el 1805 distribuyó la Sociedad de Londres Nuevos Testamentos y Evangelios entre los prisioneros de guerra españoles y en los años siguientes millares de ejemplares se introdujeron en España, pero la Sociedad no llegó a establecer su representación o Agencia Bíblica en Madrid hasta 1835, cuando llegó Jorge Borrow con aquel santo propósito. La circulación en España llegó al máximo en el año 1934, cuando la Sociedad disponía de coches bíblicos y de vendedores o colportores por las distintas provincias.

La Sociedad Bíblica tiene establecido el sistema de venta itinerante en todos los países en que opera, medio poderoso para propagar el conocimiento de las Sagradas Escrituras. A los vendedores se les conoce más comúnmente por «colportores», palabra francesa que representa al hombre que lleva su mercancía en una voluminosa cartera que cuelga de su hombro por una correa, y esta creación de la Sociedad, aunque no sea tan visible a los ojos del mundo como la obra de un misionero, no es ni menos gloriosa ni menos útil para el reino de Dios.



La obra de estos hombres no la puede hacer nadie sino ellos. Además de ofrecer su mercancía en las grandes poblaciones y lugares de segunda importancia, se introducen en regiones alejadas y se enfrentan con personas ignorantes y mal educadas que, no sabiendo apreciar y agradecer la gloriosa misión que se les acerca, les reciben de mala manera, con frecuencia a palos y a pedradas, y en ocasiones se les ha quemado su mercancía y se les ha encarcelado injustamente.

A pesar de toda esta oposición, Dios ha venido guiando a estos hombres y les ha inspirado en sus palabras, sencillas, pero pletóricas de imágenes ilustrativas, que han cautivado la imaginación e interés de las gentes, decidiéndolas a comprar la Santa Verdad de Dios. En tantos casos el propio colportor es un ejemplo viviente del poder de la Palabra Santa y habla de su propia transformación a las gentes, conmoviéndolas por la sincesidad

de su mensaje. También, aquellos que dominan bien los distintos pasajes de las Sagradas Escrituras se convierten en una especia de predicadores ambulantes, que explican a las gentes, en las plazas, con ilustración de cuadros y con el uso de altavoces, las excelencias de la Biblia.

Podemos decir, pues, que la avanzadilla de la Sociedad Bíblica la constituye ese noble grupo de vendedores, o colportores ambulantes, que avanzan por ciudades y campos, ofreciendo los libros sagrados. De sus informes y experiencias se entresaca siempre el resultado de la obra bíblica y se han escrito libros con notables y maravillosas historias de la siembra que de la divina semilla hacen en los corazones de los hombres estos colportores de la Sociedad Bíblica.

Se nos cuenta de Italia que un vecino de Florencia, que había llegado a trabajar allá, y encontró a Jesucristo en la Biblia, envió a su pueblo un ejemplar del Nuevo Testamento, diciendo: «Este libro me ha hecho mucho bien a mi alma: leedlo y también os hará a vosotros». Aquel consejo fue seguido y el libro leído por varias personas del poblado,



con tal bendición que pronto se gozaron en la verdad y doctrina del Nuevo Testamento, y por ello, encontraron oposición.

Pero las reuniones continuaron, a pesar de las dificultades y aquellos vecinos continuaron leyendo la Biblia y orando al Señor, como el Espíritu Santo les guiaba. Al cabo de cierto tiempo se pusieron en contacto con un pastor de Nápoles y le llamaron para que les instruyera en la Santa Cena. Aquel hombre pasó varios días con ellos, estudiando la Biblia hasta dejar formada una iglesia en la que muchos hombres y mujeres habían hecho una verdadera profesión cristiana, celebrando ya la Santa Cena. Dos cosas notables se destacan de las impresiones de aquel pastor que son: «he recibido un ánimo y una fuerza espiritual yo mismo entre aquellos hermanos, como raramente experimenta un siervo del Señor, compensando así las penas, trabajos y molestias que me supuso el viaje...». «Uno de los convertidos se levantó en el culto para decir: no sé leer ni escribir, pero por la gracia de Dios sé que estaba ciego y que ahora veo».

Un colportor de Padua, Nardini, contaba

en sus memorias que cerca de Vicente había encontrado a un planchador de oficio, llamado Batista, convertido, el cual había sido antes incrédulo y hombre sin principios. Le dijo que a finales del siglo pasado pasó por allí un hombre vendiendo Biblias y compró una por casualidad. El Señor operó tal cambio en él que reunió a sus amigos y sin haber visto jamás una iglesia evangélica, formó un grupo de lectores de la Biblia que se gozaban en las enseñanzas de la Palabra del Señor. Lo notable fue que Batista, al morir, tuviese debajo de la almohada aquella Biblia que había transformado toda su vida, y que todo el pueblo en masa, por su comportamiento, fuese a acompañarle hasta el cementerio, conservándose de él una bendita memoria.

A principios de 1945 se recibió en la oficina de Madrid de la Sociedad Bíblica una carta que decía: «... nunca he tomado tanto gusto a la Palabra de Dios como ahora... y eso que no tengo luz por las noches, pero, y esto no es jactancia, si llegaran a desaparecer las Biblias, no desaparecerían de mi corazón, no sólo capítulos, sino libros enteros que me he aprendido de memoria».



En el año 1950 encontramos en Alicante a un convertido que llegó a serlo de la manera siguiente: durante la guerra española, la gente se deshacía de libros que pudieran dar lugar a malos entendidos o a represalias, y este hombre, al abrir una mañana la puerta de su casa encontró una Biblia. Cogió aquel libro desconocido y, por curiosidad, comenzó a leerlo. Poco a poco fue abriendo sus ojos y su corazón a las verdades divinas y aceptó a Jesucristo como su único Maestro y Salvador. Más adelante se sorprendió al saber que otros también tenían la Biblia y con ellos, como hermano en la común fe, se unió para adorar al Señor en aquella ciudad de Alicante.

En marzo de 1952 encontramos en la alegre ciudad de Niza a una joven que llevaba una cartera llena de Nuevos Testamentos, Porciones y Biblias. Nos presentó a otros jóvenes de ambos sexos que «se habían repartido la ciudad sobre el plano» para hacer la venta domiciliaria. La joven, Josiane, explicó que el bien que la Biblia había hecho en su casa quería comunicarlo a otras personas. El padre de Josiane, señor Pierucci nos explicó que

durante la invasión alemana, en Francia, fue deportado, con centenares de prisioneros al Sahara, destinado a morir. No recibían literatura ni correspondencia, no había periódicos ni radio, sólo sol, fuerte, arena y mala comida. El hombre era ateo, pero una noche, al hacerse la cama sobre la arena, su mano encontró un trozo de periódico viejo, y, no teniendo otra cosa, leyó aquel papel... pero allí había unas palabras muy extrañas: «Venid a mí todos los que estais trabajados y cargados que yo os haré descansar». y debajo de las palabras una dirección.

El primer pensamiento de Pierucci fue: «¿Quien será este que invita con tanta seguridad?», añadiendo para sus adentros: «¿Me hará descansar a mí en esta situación?», pero siguió leyendo y encontró una aclaración: «Estas palabras se encuentran en el Nuevo Testamento. Si desea poseer un ejemplar escriba a...» y el hombre escribió. Pasaron meses y, por fin, después de los trámites de censuras e inspecciones, le llegó el librito. Lo leyó una vez, y otra y cinco veces...

¡Por fin, vio claro! Cristo le quería salvar. El mundo está hundido en pecado y el hom-

...La Biblia que ella había deseado durante años,... fué cada día más preciosa para ella

bre que no se libera sucumbe arrollado por las fuerzas del mal. La liberación consiste únicamente en Creer en Jesús y en el acto de fe salvador. Pierucci, como tantos y tantos hombres en el mundo a quienes no ha llegado la Palabra salvadora, se preguntó por qué no le habían explicado aquello antes y censuró a los que, como los hipócritas, farsantes y fariseos del tiempo del Maestro, no le dieron el mensaje del Salvador. ¡Y Cristo fue, en efecto, su Salvador personal!

De una manera maravillosa, que aquí no podemos contar, se efectuó el milagro, y de todos los condenados, él fue puesto en libertad, y entró en contacto con la iglesia de Oran, en donde poco a poco fue casado con otra cristiana y partieron para Francia. Francia estaba ya algo cambiada, pero a Pierucci no le interesaba la cosa material o política; quiso servir al que le había salvado y se dedicó a predicar el Evangelio. La única hija que el Señor le concedió, Josaine, se dedicó como su padre a «comunicar» a las gentes el mensaje de Dios para los hombres.

De Alemania escribió un colpotor así:

—Un día, después de la comida, entré en

casa de un carpintero. Estaba echando la siesta y mi primer impulso fue dejarle dormir y no molestarle, pero no sentí mi conciencia tranquila y me volví. Me fui derecho a él y le dije: «¿Quiere comprar una Biblia?»

—Yo soy católico y no necesito Biblia— murmuró dándose una vuelta para seguir durmiendo.

—Usted dirá eso, pero Dios dice otra cosa más importante: «Despiertate tú que duermes y levántate de entre los muertos y la luz de Cristo te resplandecerá»—.

Despertado de aquella manera, mi hombre se sentó en la cama.

—Le despierto con intención—proseguí—, sin preocuparme de si le molestaba o no, porque Dios quiere, por su Palabra, despertarle a usted de su sueño espiritual—.

—Pero a nosotros no nos dicen que leamos ese libro y creo que está prohibido—.

—¿Con qué derecho puede un hombre prohibir la lectura de un libro de Dios que tiene la órden divina de ser leído?. Hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres—.

Aquel hombre quedó un momento sin contestar, y luego dijo:



Me viene a la memoria un hecho que había olvidado hace tiempo. Hace veinticinco años trabajaba yo a jornal en Hamburgo y mi compañero de habitación tenía la costumbre de leer siempre su Biblia, y me decía lo que usted, que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. Todabía me parece oír su voz, y ¡quién sabe si usted ha sido enviado para reavivar en mí este recuerdo, antes de que sea tarde!. Sí, sí, voy a leer la Biblia. La muerte puede estar cerca y... quien sabe si Dios me guardó el otro día, dándome una ocasión despertar... Me caí de una escalera y por poco me mato... Deme una Biblia, quiero leerla—.

Otra historia nos llega de la región de Bohemia, en donde el colportor, luego de una jornada de trabajo, se encontró abrumado, pues no había logrado vender ni una sola Biblia. La verdad es que había estado trabajando en aquel barrio durante el día casi de mala gana, puesto que recordaba que alli vivía un enemigo declarado de la Biblia, que en otra ocasión le había estropeado su labor. Sin embargo, pensó de repente que su misión estaba por encima de todos los obstácu-

los y que, como portador de la Palabra de Dios, debía ir « a todo lugar». ¿No le recordaba el corazón aquellas palabras «he aquí yo estoy a la puerta y llamo? Algo tembloroso, se le ocurrió ir a visitar a su presunto enemigo, diciéndose a sí mismo. «¿Y qué sabes tú del resultado de la visita?»

Tomó ánimo y se fue derecho a la puerta temida. Llamó y cuando el mismo individuo, cosa que tampoco esperaba, le abrió la puerta, quedó algo desconcertado y no halló sino aquellas palabras que le vinieran antes al corazón: «Pues, mire, yo estoy a la puerta y llamo».

El cabeza de familia quedó como estupefacto y el colportor prosiguió:

—Yo no soy un vendedor cualquiera; es el mismo Jesús el que está a la puerta de su corazón y llama: Puede usted rechazarle, pero no lo haga. Crea solamente en su Palabra; aquí se la traigo, y El no le echará fuera.

El colportor, asustado de su mismo atrevimiento, se detuvo, pero no oyó palabra alguna de respuesta. El hombre tan temido se volvió hacia adentro y llamó a su mujer y a su



hija, diciéndoles: «No podemos dejar marchar a este valiente. Cenará con nosotros».

Introducido en la casa, el colportor fué escuchado con gran atención mientras explicaba con toda claridad lo que sentía en su corazón, y más tarde, cuando llegó el momento de sentarse a la mesa, le pidieron que diera gracias a Dios por la comida.

No podemos contar aquí los resultados de esta enorma obra de sembrar la Palabra de Dios en los corazones de los hombres. En muchos países los distribuidores de Biblias entran en hospitales, asilos, hoteles, trenes, aviones, etc., y son numerosas las sociedades auxiliares de la Sociedad Bíblica que operan hoy por todo el mundo empeñadas en la misma tarea de presentar a los hombres la Palabra de Dios.

Uno de los grandes beneficios de esta Sociedad y de sus representaciones en todos los países consiste en ofrecer un campo de actividad en el que cristianos de toda clase y rango de todas las denominaciones, se encuentran y se ofrecen la mano. Cualquiera que sea la divergencia de opinión en puntos secundarios, los creyentes pueden trabajar juntos para

honrar la palabra de Dios y para esparcirla por el mundo. Por ello se dice que es dichoso tres veces aquel que puede trabajar en esta hermosa empresa de distribución de la Sagrada Escritura y de rendir testimonio a la unión real y profunda de los cristianos evangélicos.

En cuanto a la ayuda económica a la Sociedad Bíblica no hacen la obra solamente quienes ofrecen grandes cantidades, sino también quienes con su pequeña aportación se asemejan a los riachuelos que, poco a poco, van formando ríos y luego grandes caudales que producen la energía motriz de esta maquinaria espiritual a través de todo el mundo.

Y, para terminar, quisiera contar el caso que este mismo mes he conocido, bajando a Palma. Encontré a Juan en el Borne. sitio céntrico de la ciudad, en donde durante tantísimos años hemos venido encontrándonos los amigos y conocidos. Y Juan, con un rostro radiante, llevaba bajo el brazo una Biblia de canto dorado, que inmediatamente reconocí. Cuénteme la historia. Y fué así.

En Paiporta, a tres kilómetros de Valencia, vivían unos campesinos muy apegados al trabajo. Por tal motivo eran conocidos; apenas



si un domingo lo tenían libre, y ¿qué sabían de Dios? Apenas un gusanillo que de vez en cuando roía por dentro, y Juan Martínez, sabiendo medianamente leer y difícilmente escribir, se puso enfermo. El otro hermano estaba en el servicio militar, y allí pasó por una extraña experiencia. Un joven catalán se había distinguido en el Cuartel por su testimonio maravilloso. Había sufrido castigos, cortes de pelo, trabajos detestables, guardias injustificadas, desprecios. etc., de tal modo que el hermano de Juan se sintió movido, casi a escondidas, a preguntarle con ingenuidad: «Pero ¿qué clase de religión tienes tu?» y el catalán le enseñó un pequeño libro que llevaba en el bolsillo. Era tan pequeño que casi lo encerraba en la mano.

Cuando el hermano de Juan oyó aquellas explicaciones sintió deseos por leer el libro, pero el catalán, no sólamente se lo prestó, sino que se lo regaló. Transcurrieron algunos días, pero con toda seguridad, sin ambages ni rodeos, ya hubo dos en la misma compañía que «seguían las palabras santas» de aquel librito, que conocemos por Nuevo Tes-

tamento. El hermano de Juan también había sufrido una conversión.

Y cuando regresó de la «mili» y encontró a Juan enfermo en la cama, viendo que los libros que leía no le satisfacían, aunque de temas piadosos, le dijo: «Aquí tienes otro libro que puede gustarte y cambiarte como a mí».

Durante días y días, Juan leyó y releyó el Nuevo testamento, descansando ora sobre un brazo ora sobre otro, y lo leyó tanto pue llegó a dejar pasar las palabras del cerebro al corazon... y cuando llegaron allí Juan fue otro hombre. Sanado de su enfermedad, Juan se levantó convertido. Aquel «libro de Jesús» iba a ser su guía, su norma y su regla de fe y conducta en la vida. Buscaría a quienes como su hermano y el soldado catalán seguían aquellos mandamientos para «formar familia», pero en Valencia un día encontró que había muchos otros que tenían la Biblia y que se reunían para estudiarla.

Era natural que el pastor, al final de uno de los cultos, se dirigiera a los dos hermanos para saber de ellos, pero a la pregunta de si habían entendido el mensaje, recibió la extraña respuesta de «nosotros somos salvos».



Que qué quería decir aquello, se lo iban a explicar al pastor los dos hemanos con estas simples palabras: «Hemos leído de una manera milagrosa el Nuevo Testamento, hemos encontrado las hermosas palabras de Jesús, hemos encontrado directamente a Jesús, hemos entendido que somos pecadores y, al confesar nuestros pecados y depositar toda nuestra confianza en el hijo de Dios, El ha dicho a nuestros espíritus que somos salvos de la condenación».

El testimonio estupendo de aquellos dos hijos, hizo que su padre se interesara y, al entender que Cristo podía salvarle, también creyó. Sin embargo, la madre no. Y, no sólamente no creyó, sino que provocó un conflicto en el pueblo y ya un grupo de personas de influencia trataron de disuadir y «apartar del error» a aquellos lectores de la Palabra de Dios. Vinieron los argumentos, las preguntas y las respuestas, y en ellas cinco de los «contrincantes» confesaron que habían encontrado la verdad en la Biblia y quisieron poseer un ejemplar. Pero durante el período álgido, de estrechez y vigilancia, aquellos hermanos hacían algo que es verdaderamente notorio.

Casi como castigo se les hacía trabajar desde el alba hasta la puesta del sol, incluso en domingo, pero ellos, con una bicicleta, bajaban a Valencia a las dos de la mañana, para entrevistarse con el pastor y estudiar más la Biblia, y regresar al campo de trabajo a las cinco de la mañana.

A poco, Juan fue destinado a Palma de Mallorca para cumplir su servicio militar y allí se reunió con otro grupo de estudiantes de la Biblia, con una pequeña iglesia evangélica, donde su candelero alumbraba resplandeciente. En el cuartel, después de las dificultades propias y las intransigencias, el testimonio de excelente cristiano, aquel perfume de auténtica flor que se escondía bajo la piel ruda de trabajador del campo, le abrió paso y los oficiales confiaban en él. La salvación de Juan fue tan sentida, el impacto del amor de Jesús tan grande, que no sabía ni podía hablar de otra cosa más que de «las palabras del Maestro». Y así ocurrió que cuando los compañeros del cuartel le llevaron un día al «cine» Juan se salió a la mitad de la sesión aburrido porque quería pensar en cosas celestiales. Ya en la calle, respiró hondo, y con su Biblia bajo el



brazo iba «cazando» oportunidades para hablar de aquel libro Santo y de Jesús... Y así le encontré en el Borne aquel dichoso día en que nuestros espíritus se regocijaron en el Salvador.

# EPILOGO

## BALADA DE MARIA JONES

El poeta evangélico español, pastor don Antonio Almudévar, es quizás el único que ha llevado a la poesía la historia interesante y aleccionadora de María Jones. La compuso hace años para un Culto Bíblico que celebramos en Sabadell, y luego la publicó en uno de sus libros de poesías, titulado «Oro, incienso y mirra». Con su permiso, tengo placer en insertarla en esta historia:

*Por la senda cuesta arriba,*
*la doncella caminaba.*
*La tarde palidecía*
*más allá de las montañas.*
*Mary Jones proseguía*
*por su ilusión empujada,*
*a comprar la Santa Biblia*
*que un señor vendía en Bala.*

*Horas hace que camina:*
*del filo de la mañana,*
*a la tarde que agoniza*
*más allá de las montañas.*
*Porque se halla rendida*
*busca una piedra y, sentada*
*en ella, cuenta los días,*
*seis años... cuando ahorraba*
*las pequeñas moneditas*
*que ahora en su mano estrechaba,*
*y recuerda la tarea*
*tan pesada, tan pesada...*
*cuando a leer aprendía*
*en la escuela humilde y blanca,*
*muy lejos de su casita,*
*las letras tan deseadas...*
*Ya pasó la gran fatiga*
*que su sién martilleaba,*
*y su corazón, la niña,*
*siente latir con más calma.*
*Mary Jones ya camina*
*de nuevo, y apresurada,*
*porque la tarde declina*
*más allá de las montañas*
*y la noche llega aprisa...*
*«¿Estará aún lejos, Bala?»*



*Y de pronto, una luz brilla*
*a través de una ventana.*

*Ya llegó al fin del camino*
*Y se halla, Mary, en Bala...*
*Ya don Thomas, con cariño,*
*el porqué le preguntaba*
*de su deseo del Libro...*
*Y con un temblor de lágrimas*
*la niña cuenta al amigo,*
*con temblorosa palabra,*
*su historia, que él, conmovido,*
*y reverente, escuchaba.*
*Mas ¡ay! los libros, sus libros,*
*los tiene comprometidos;*
*porque ha dado su palabra.*
*Mary Jones, un gemido*
*mirando al amigo, exhala,*
*y como un temblor de frío*
*le estremece cuerpo y alma,*
*y de sus ojos que, fijos,*
*de su gran dolor hablaban,*
*entre suspiro y suspiro,*
*empiezan a brotar lágrimas.*
*Don Thomas Charles, mohino,*

*en conflicto tiene el alma.*
*Piensa y piensa y, decidido,*
*dice: «Salga lo que salga,*
*muchacha, tendrás tu libro».*
*Mary Jones llora... y canta.*

*Ya pasó la larga noche,*
*y triunfa la mañana*
*en rosados arreboles*
*más allá de las montañas.*
*Mary Jones, por la senda,*
*cuesta abajo, anda... anda...*
*mientras sobre el pecho estrecha*
*su Biblia, tan deseada.*
*Las horas corren ligeras*
*y, acaso, más que la muchacha,*
*que parece una gacela*
*y que, al fin ya está en su casa.*
*«¡Todo va bien!» a su padre*
*le grita mientras le abraza*
*Y al momento muestra, abre,*
*su libro que, alborozada,*
*empieza a leer gozosa*
*con temblorosa palabra,*
*igual que una mariposa*



*mueve, insegura, sus alas.*
*Don Thomas Charles, en tanto,*
*sentado en su casa, en Bala,*
*piensa y más piensa, turbado,*
*en la galesa muchacha,*
*y su gran afán mostrado*
*por la Bendita Palabra.*
*«Acaso muchos hermanos,*
*se dice, también, con ansia,*
*desean el Santo Libro,*
*Pan de Vida para el alma».*

*En Londres, a unos amigos,*
*días después les contaba*
*de la muchacha del libro*
*la historia tan recortada.*
*La Sociedad de Tratados*
*la historia llega a saber,*
*y los muy nobles hermanos*
*que lo oyen» ¿puede ser,*
*se dicen que siendo cristianos,*
*¡ay! dejemos perecer*
*a tantos seres humanos*
*en territorio galés*
*sin que el Libro muy ansiado*

*no lleguen a poseer?»*
*Y un Mr. Hughes, su mano*
*tendida, se alza en pie,*
*y les dice conmovido:*
*«Si para el pueblo galés*
*¿no podríamos, al Mundo...*
*darle la Biblia, también?»*
*Hay un temblor en las manos,*
*los ojos, el corazón*
*de aquellos nobles cristianos,*
*y toman su decisión:*
*«Confiando en el Señor*
*para el oscuro mañana,*
*la Biblia, el libro de Dios,*
*su sabia y Santa Palabra,*
*al Mundo entero darán,*
*hasta que todas las almas*
*a Jesús conocerán*
*y su Obra para salvarlas»*

*Y ved como Dios, usando*
*a la muchacha galesa,*
*fue su Obra preparando*
*de dar la Biblia a la Tierra*
*«La Bíblica Sociedad*



*Británica y Extranjera»,*
*cuyo valor en bondad*
*nadie ni soñar pudiera,*
*nació de aquella ansiedad*
*de la doncella galesa,*
*por el Libro, la Verdad,*
*la Voz de Dios en la Tierra.*